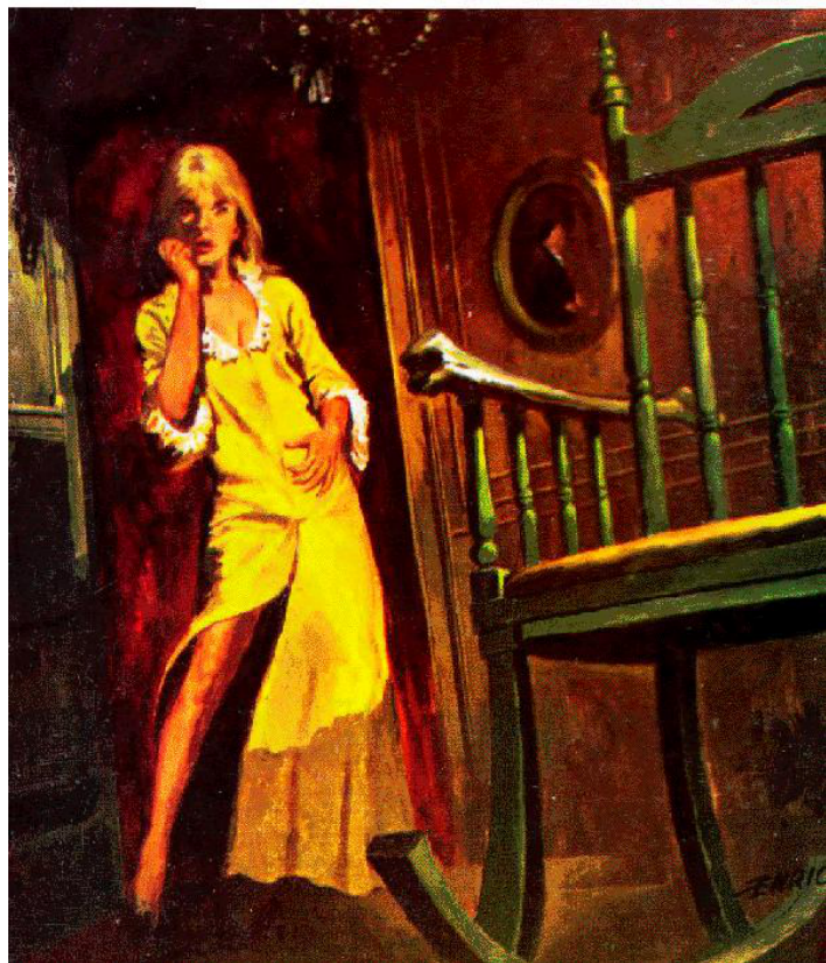




la mecedora

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

LA MECEDORA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 681

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 10.910 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1975

© SILVER KANE, 1975

texto

© ENRIQUE MARTÍN - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. — El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.288. — Terror en los mundiales.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:

747. — Cuidado con los difuntos.

En Colección COLORADO:

637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

672. — La muerte color de lluvia.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

279. — Cara roja.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. — Mariposas negras.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

15. — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:

23. — El rincón de los sueños.

CAPÍTULO PRIMERO

El alarido... El alarido de muerte que rasgaba su cerebro... El alarido de horror que llenaba la noche...

Susan Blayton lo oyó por primera vez cuando atravesaba el vestíbulo central de la famosa Estación Victoria. Lo oyó entre miles de personas que iban indiferentes hacia su trabajo, hacia sus negocios, hacia sus placeres. Lo captó como si la atravesase igual que una puñalada.

Se detuvo como si de pronto hubiera chocado con algo. Tuvo un estremecimiento.

Mulligan, el abogado de la familia, la tomó velozmente por el brazo mientras murmuraba asustado:

—¿Pero qué le pasa, señorita Blayton?

Ella volvió a abrir los ojos y lo vio todo normal. Las gentes agitadas, los trenes que con los años habían ido adquiriendo un raro color ceniza, las paredes de aquella estación que ya arrastraban la pesadez de casi un siglo... Pero nadie había gritado en torno a ella. Eso era bien cierto. Estaba en medio de una gran multitud y nadie había lanzado aquel desgarrador alarido.

—¿De veras se encuentra bien, señorita Blayton?

—Sí, sí. Perdone.

—He tenido la sensación de que se mareaba —dijo Mulligan con su tono educado de siempre—. También me ha parecido ver en sus ojos una lucecita de horror. Perdone si soy indiscreto, pero ¿ha visto a alguien que la asustase?

—No, de ninguna manera.

—Siempre hay en las estaciones gente que molesta y quizá yo no me haya dado cuenta. ¿Alguien se ha sobrepasado con usted? ¿La han rozado?

—No, no... Quizá ha sido una sensación de vértigo, pero no tiene importancia. Salgamos de aquí.

Los dos avanzaron detrás del carrito que transportaba sus equipajes, hasta llegar al lujoso «Rolls» que aguardaba junto a la acera.

—Vamos a la casa solariega de Devil Manor —dijo, mientras se sentaba a su vez—. Conduce despacio, John, porque la señorita está algo mareada.

Susan Blayton sonrió porque aquello le pareció exagerado. Ya se sentía muchísimo mejor, después de haber abandonado el abigarrado ambiente de la Estación Victoria. El grito no se había vuelto a repetir. Era evidente que, si sonó en algún sitio, fue dentro de su cerebro. Y aunque eso precisamente debía haberla asustado más y más, la muchacha se sentía tranquila precisamente porque no lo había vuelto a oír.

—¿Por qué se llama Devil Manor? —dijo inesperadamente ella.

—¿Eh? ¿Qué es lo que le extraña?

—El nombre. Significa Casa del Diablo, o algo así.

—Pues no sé... —dijo el abogado Mulligan mientras se acariciaba la mandíbula—. Siempre se ha llamado así, y la verdad es que ya no extraña a nadie. Supongo que en otro tiempo se ajusticiaba allí a los reos acusados de brujería. En todos los tiempos y en todos los países se han cometido muchas barbaridades, ya sabe, de tal modo que la historia humana, según como se mire, es una pura vergüenza. Pero lo cierto es que a esos sitios se les ponía a veces el nombre de un santo y otras, por curioso contraste, el nombre del diablo.

Extrajo un paquete de cigarrillos y ofreció:

—¿Fuma?...

—Sí, gracias... Parece que a veces el tabaco tranquiliza. Y ahora dígame sinceramente, señor Mulligan, ¿por qué me ha hecho venir?

—Se lo insinué un poco en la carta. La verdad es que siento haberla hecho viajar desde Berlín oriental en pleno curso, cuando estaba usted a punto de examinarse, pero se trata de su tía Evelyn.

—¿Se ha hallado al fin el cadáver?

Y la muchacha se estremeció al hacer la pregunta.

Pero el abogado negó con la cabeza mientras hacía un elegante gesto.

—No, no ha aparecido ni creo que aparezca ya, la verdad. Fue uno de los casos más misteriosos con que se ha enfrentado Scotland

Yard en los últimos veinte años. Pero como desde la desaparición de Evelyn han pasado ya veinticuatro meses, sus posibles herederos han pedido al Tribunal que se la dé por muerta. Naturalmente, se han hecho pesquisas y se han publicado en los periódicos infinitos anuncios reclamando su presencia. Incluso hemos ofrecido grandes recompensas a las personas que pudieran dar algún dato acerca de su paradero. Hemos distribuido más de seiscientas fotografías. No le queda duda de que si tía Evelyn estuviera viva en cualquier lugar del mundo, nos hubiera llegado una pista u otra a lo largo de dos años.

—Pero... pero una persona no puede esfumarse así, sin dejar rastro, como si se la hubiera tragado la niebla...

—Sí, eso es increíble —musitó el abogado—; sobre todo si tenemos en cuenta que ella no salió del país. Gran Bretaña es una isla, señorita Blayton, y para marchar de ella hace falta tomar un barco o un avión. Otros países, donde uno puede largarse tranquilamente en coche, presentan más dificultades, pero aquí la cosa se simplifica mucho. Hemos revisado todas las listas de pasajeros en buques y aviones durante dos años. Hemos investigado entre pescadores y contrabandistas que pudieron haberla llevado a Francia en una chalupa. Nada. Ni un dato. Y tenemos además la circunstancia esencial de que no pudo llevarse nada de valor, porque sus joyas y su dinero estaban intactos en la casa. Durante dos años nadie ha tocado un penique de su cuenta corriente, lo cual indica que no ha gastado nada para vivir. Imposible, ¿verdad? Eso significa que está muerta y su cadáver ha desaparecido, pero no sabemos cómo. Se trata de un misterio insondable.

Y en seguida añadió, como si quisiera tranquilizarla:

—Pero usted no entra ni sale en eso. Como abogado de la familia he tomado mis disposiciones para que a tía Evelyn se la declare oficialmente muerta y su herencia pueda repartirse. Mire, ya llegamos a Devil Manor. ¿Había estado usted alguna vez aquí?

—Sí. De niña.

Y otra vez la muchacha oyó el alarido.

Pero cerró los ojos y trató de disimular porque estaba ahora completamente segura de que acababa de sonar dentro de su cerebro.

Cuando estuvo en disposición de mirar de nuevo, vio que la casa

estaba tal como la recordaba desde sus días de niña. En realidad, las elegantes casas de campo inglesas no varían casi nunca y se mantienen inalteradas desde los siglos XVI o XVII hasta nuestros días. Pero ésta conservaba, además, un aspecto siniestro, hostil, como si una amenaza pesara sobre ella. Se comprendía perfectamente que la llamaran así: «Devil Manor». Y se comprendía perfectamente también que aún flotara sobre ella, de una forma inaprensible, la lejana presencia de la muerte.

Cuando el «Rolls» se hubo detenido ante la puerta, el abogado Mulligan dijo:

—Ahora debe descansar, señorita Blayton. Aunque los viajes en avión no son pesados, la jornada ha sido fatigosa para usted. Yo haré que se ocupen del equipaje y de todo lo necesario. Mañana por la tarde reuniré a los herederos para una primera entrevista.

—¿Quién más hay aquí? —Peguntó Susan.

—Todos los herederos, por supuesto. A algunos no los ha visto usted nunca, razón por la cual se los presentaré mañana. En la habitación de al lado he hecho que instalen a Mary, que en otro tiempo fue compañera de juegos de usted. ¿La recuerda?

—Claro que sí... Mary era entonces una de mis mejores amigas. Era mi prima favorita.

—Celebro que hayan tenido ocasión de encontrarse de nuevo. Adiós, señorita Blayton.

Cuando la muchacha entró en la habitación que le habían asignado, se dio cuenta de que los servicios de Devil Manor funcionaban como los de un hotel de lujo. Pese a lo avanzado de la hora, un camarero uniformado le trajo el equipaje en seguida. Una doncella le preguntó si quería cenar algo. Ante su negativa, otra le sirvió en seguida una serie de botellas de grandes marcas, junto con agua mineral y cubitos de hielo, en una bandeja de plata.

Susan Blayton se preparó ella misma un combinado y se asomó a la ventana. Estaba en un primer piso. Casi bajo aquella ventana se extendía la gran verja con sus agudas barras terminadas en punta, como si fueran jabalinas. Una bien cuidada vegetación lo llenaba todo. Durante los dos años de desaparición de tía Evelyn, no cabía duda de que los administradores habían seguido cuidando la finca como si ella aún estuviese allí.

La muchacha estaba en el balcón, de espaldas a la puerta,

cuando la voz dijo desde el umbral:

—Susan... ¡Pero qué cambiada estás! ¡No te hubiera conocido!...
Ella se volvió alegremente.

Porque a pesar de los años había recordado la voz de Mary. Hay cosas que no se olvidan nunca.

Y entonces la vio borrosa, lejana, como si se elevara por los aires. El grito sonó otra vez en el cerebro de Susan Blayton, volviéndola loca.

CAPÍTULO II

Mary bisbiseó:

—¿Qué te ocurre, Susan?

Susan la miró unos instantes con ojos desorbitados.

Y entonces se dio cuenta.

—Tengo miedo —dijo.

Definitivamente, ya sabía lo que aquello significaba. Sabía lo que era aquel grito, y hubiera dado parte de su vida por no oírlo. Pero vio que Mary se acercaba a ella, la besaba en ambas mejillas y reía quedamente. Mary, siempre optimista, quería animarla. De pronto, Susan se abrazó a ella con fuerza, como si en los brazos de la vieja amiga de su niñez hubiera de encontrar el valor que le faltaba.

—Es la casa, ¿verdad? —susurró Mary—. Yo llegué anoche y también me impresionó, pero puedo asegurarte que no pasa nada. Ah... Y si temes encontrar por los pasillos el viejo fantasma de tía Evelyn, te aseguro que no existe. Además, la pobre tía Evelyn, ¿qué miedo nos iba a dar? ¿Recuerdas a otra persona que fuera tan buena con nosotras? ¿Recuerdas a alguien que nos quisiera tanto?

Y la hizo sentarse en la cama mientras preparaba dos vasos con un poco de *whisky*. Mary seguía teniendo la contagiosa alegría que tuvo siempre. Mientras le pasaba el vaso, preguntó:

—¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos, Susan?

—Quizá diez años.

—Sí, justo. Diez años. Ahora las dos tenemos diecinueve. Recuerdo que la última vez que me escribiste fue desde Hamburgo. ¿Sigues allí?

—No, no... Conseguí una beca para la Universidad de Humboldt, en Berlín oriental. Allí el ambiente estudiantil es mucho más serio y se trabaja mejor. Preparo una tesis sobre los ciclos económicos en los países marxistas.

—Sigues siendo una intelectual de tomo y lomo, ¿eh? Por mi parte no he querido complicarme tanto la vida, chica. Me dedico a pasarlo bien y a ser feliz. Tengo un buen empleo en la British Airways y después de mi trabajo me reúno con amigos. Charlamos, bebemos, reímos, hacemos el amor...

—Siempre fuiste un poco inconsciente, Mary.

—Y tú, una aburridísima profesora que necesita gafas hasta para ir a la *toilette*.

Las dos rieron, porque era imposible que una tomara como una ofensa las palabras de la otra. Bebieron animadamente hasta que de pronto Mary preguntó con inquietud:

—¿Qué ha sido, Susan?

—¿El qué?

—La cara que has puesto al verme entrar. Ha sido una cosa muy extraña...

—Quizá es que me has sorprendido, Mary.

—No, no ha sido eso. Estoy segura de que no. He venido al oír ruido en esta habitación, porque sabía que te iban a colocar a mi lado. Y has puesto una cara como si..., como si de repente hubieras visto a un muerto. ¿Tan horrible te parece?

—No, Mary, no ha sido eso.

—¿Pues qué...?

—Ha sido el grito.

—¿El grito? ¿Qué significa eso?

Susan Blayton se llevó un momento los dedos a las sienes mientras susurraba:

—No sé... De sobra me doy cuenta de que no tiene sentido, pero a veces adivino las cosas. Cierta vez, estando en Hamburgo, me desperté oyendo el chirrido espantoso de los frenos de una locomotora. Aquello no tenía sentido, puesto que no pasaba ninguna vía férrea por allí. Al día siguiente, en plena Universidad, se repitió el chirrido. Pensé que me estaba volviendo loca y me encerré en mi habitación. Pocas horas después vino mi amiga Gretchen para despedirse.

—¿Para despedirse? Bueno, ¿y qué tiene de especial eso?

—Nada, excepto que se iba en tren.

—Nada tan lógico, me parece. ¿De qué te asustabas?

—Entonces no lo comprendí, pero cuando ella ya se había

alejado me di cuenta de lo que acababa de suceder: yo había tenido la premonición de un accidente. Corrí hasta la estación, puesto que estaba segura de que lo que había oído era el chirrido espantoso de la locomotora antes de que eso sucediera. Intenté persuadir a Gretchen de que no hiciera el viaje, pero ella se rió de mí. Un par de horas después la máquina se encontró con parte de la vía levantada a causa de un corrimiento de tierras. Intentó desesperadamente frenar, pero ya no hubo tiempo. Los testigos dicen que el chirrido se oyó casi durante un angustioso minuto, mientras todo en los vagones bailaba. Hubo un descarrilamiento y seis muertos. Uno de esos muertos era Gretchen.

Mary esbozó una sonrisa.

—Bueno, pero eso fue una casualidad. ¿Y a qué viene ahora lo del grito?

—Es que lo he oído muy bien, Mary.

—¿Qué era?

—El alarido de una mujer aterrorizada.

—¿Y piensas que podría ser yo? —dijo con voz opaca.

—Sí, Mary. De repente, al verte, se me ha ocurrido que podrías ser tú. Por eso he debido poner aquella cara.

—Tonterías, Susan —dijo Mary, riendo—. Yo no tengo nunca miedo, ¿sabes? No me asusto por nada. Y aunque esta casa sea un poco siniestra, la verdad es que jugué en ella cuando era una niña. Para mí está llena de recuerdos hermosos. Ni un loco pensaría que yo voy a lanzar alaridos de terror aquí.

De pronto Susan se volvió gimiendo:

—¿De verdad estás en la habitación de al lado?

—Claro...

—Mary... Hazme un favor.

—Claro que sí. Lo que quieras. —¿Cuál?

—Quédate a dormir conmigo.

—Eres toda una niña, Susan. Cuando teníamos ocho años y jugábamos aquí, nunca habías sentido esa especie de miedo.

—Es que entonces estaba tía Evelyn.

—Y ella nos protegía, ¿verdad? ¿Es eso lo que piensas?

—Sí.

—Pues ahora no nos protege, pero tampoco nos puede asustar, Susan. Puedes estar segura. Esta casa es tan normal como las otras,

pero si quieres que me quede a dormir contigo, me quedaré. Espera que me traiga el pijama.

Entró un momento después y cerró la puerta. Las dos rieron mientras se desvestían, recordando sus viejos juegos de la niñez.

Mary susurró:

—Te debes haber hinchado de conocer hombres interesantes en Alemania...

—No creas. Los de Berlín oriental son muy serios.

—¿Quieres decir que no hacen más que estudiar?

—Casi juraría que sí.

—¡Qué aburridos! ¡Deberían expulsarlos de la Universidad a todos!

—¿Por qué?

—¡Por sosos!

Y las dos rieron de nuevo. La verdad era que ninguna de las dos se acordaba de la vieja casa, se acordaba de tía Evelyn desaparecida, se acordaba de que estaban allí, en realidad, para una ceremonia más bien lúgubre. De pronto, Mary preguntó:

—¿Dónde está el baño?

—La puerta de la derecha.

—Hay dos.

—Bueno, es igual. Si no es una, será la otra. ¿O crees que ya me sé la casa de memoria?

Mary protestó:

—Pues ya podrías recordarla un poco, niña. ¿No habías estado nunca en esta habitación?

—No, nunca.

—En fin, probaremos suerte...

Y abrió una de las puertas.

Entró.

Susan dijo:

—Empiezo a tener sueño.

Y dio media vuelta en la cama para acomodarse mejor. Se dio cuenta entonces de que la ventana había quedado abierta.

—Tendré que cerrarla —murmuró, de una manera maquinal, pero sin ánimo de levantarse—. Quizá al amanecer haga frío...

Y de pronto se incorporó.

Sus ojos se desencajaron.

Porque acababa de oír el grito otra vez. El alarido lacerante. El terrible aullido de la muerte.

Pero ahora no sonaba dentro de su cerebro, sino... ¡fuera de él! Porque ahora... ¡era Mary la que lo lanzaba! ¡Mary aullaba como una poseída!...

La vio cruzar la habitación.

Pasó como una exhalación ante ella.

—¡Mary!

Trató de detenerla, pero no pudo. En realidad, a Susan Blayton le fallaban las fuerzas. El hecho de estar oyendo ahora en realidad el grito que antes oyó en su cerebro la llenaba de un frío horror. Tendió las manos desesperadamente.

Mary parecía haberse vuelto loca.

Nada podía frenarla.

Se lanzó por la ventana mientras el alarido se repetía.

Y entonces Susan Blayton sintió la muerte.

La sintió en su propia carne.

Cerró los ojos mientras se los apretaba desesperadamente con las manos. Mientras sobre su piel parecía posarse la mano fría del Más Allá.

CAPÍTULO III

Susan Blayton no hubiera sido capaz de decir cuánto tiempo permaneció así, con todos los nervios en tensión y la garganta agarrotada, pero probablemente no fueron más que unos segundos. Aun dentro de aquel clima de horror, su cerebro seguía funcionando. Y su cerebro le dijo que Mary, después de todo, no había podido matarse, puesto que la altura de la ventana por la que acababa de lanzarse era la de un primer piso.

Fue hacia allí.

Se movía como una sonámbula.

Sus ojos desencajados miraron hacia abajo a través de la ventana y entonces sí que hubo de contener un verdadero alarido de horror. Porque se dio cuenta de que Mary estaba muerta. La caída no hubiera resultado fatal para ella, pero se había desplomado materialmente sobre las afiladas púas que remataban la verja. Algunas de esas púas se habían hincado tan profundamente en su carne que salían por su espalda.

La visión era alucinante.

Oía otros gritos en la casa.

O quizá no los oía. Quién sabe si eran simples alucinaciones suyas, después de todo. Volvió la espalda mientras oía el chirrido de sus propios dientes.

Su cerebro funcionó otra vez, aunque con cierto retraso. Si Mary había salido aterrorizada del cuarto de baño es que había algo espantoso en él. Por consiguiente, estaba en su mano averiguar qué era.

Hay momentos en que el miedo es tan intenso que desaparece. Hay momentos en que la propia desesperación da valor. Y para Susan Blayton éste fue uno de esos momentos, mientras avanzaba como una autómatas hacia el cuarto anexo.

No vio nada.

Todo estaba limpio, tranquilo e impoluto como en un hotel de lujo.

Con mano trémula, descorrió la cortina de la ducha.

El horror podía estar allí. Y pensó maquinalmente que nada hay tan espantoso como un cadáver puesto en un sitio tan limpio, tan aséptico, tan ultramoderno.

Pero nada.

Lo mismo la ducha que la bañera estaban vacías.

Susan se pasó el dorso de la mano por la boca para contener el castañeteo de sus dientes. Salió de nuevo y vio la segunda puerta.

Ahora lo recordaba.

Las puertas eran dos.

Y Mary, equivocadamente, había tenido que ir por la otra.

Por consiguiente, allí estaba..., ¡allí estaba el HORROR!

La muchacha empujó la hoja de madera, que produjo un chirrido siniestro.

Vio una luz amarilla.

Un pasillo.

Aquello parecía conducir a las profundidades del fin del mundo.

Y sin embargo, el pasillo no era largo. Lo que ocurre es que hay sitios que producen una sensación falsa, que parecen ser mucho más grandes de lo que son. Aquel pasillo terminaba, unos pasos más allá, en una habitación sin ventanas donde también brillaba una luz amarilla. Y la luz alumbraba un solo objeto: únicamente una cosa, un mueble ocupaba el centro de aquella habitación.

Era la mecedora.

La mecedora, que aún se movía levemente, como si alguien la hubiera usado últimamente. Como si alguien hubiera estado sentado en ella. La mecedora que Susan Blayton recordaba muy bien desde sus días de niña.

Aquello no tenía nada de siniestro.

Después de todo, ella conocía la mecedora favorita de tía Evelyn. Era lógico que estuviese allí. Y Mary también la conocía. De niña había jugado con ella. ¿Por qué se había asustado tanto? ¿Por qué? ¿POR QUE?...

En ese momento la mano se posó en el pelo de Susan Blayton, sobre la nuca. Se posó tan suave y siniestramente como una caricia.

CAPÍTULO IV

Susan Blayton no pudo gritar. No era capaz ni de eso. Se sintió atrapada, se sintió perdida. Sus rodillas vacilaron y se apoyó para no caer en la última cosa del mundo en que hubiera querido apoyarse: ¡en la mecedora!

Pero fue un momento.

En realidad, una persona neutral que presenciase aquello hubiera dicho: «¡Pero si aquí no ha pasado nada!...». Porque realmente nadie amenazaba a Susan Blayton. Incluso la voz suave la tranquilizó.

—¿Qué hace aquí, Susan? ¿Qué ha pasado?

Era la voz del abogado Mulligan.

Ella se volvió, sintiendo que iba a caerse de un momento a otro.

El abogado Mulligan insistió con dulzura:

—¿Qué le pasa?

—A mí, nada. Pero... pero Mary...

—Lo he visto, Susan. Por desgracia he de verlo aquí porque me he dado cuenta de lo que le acababa de ocurrir a ella. ¿Cómo pudo suceder?

Se oían voces roncadas en el patio. Alguien gritaba estentóreamente: «¡NO TOQUEN NADA HASTA QUE VENGA LA POLICÍA!».

Susan bisbiseó:

—Se ha arrojado ella misma.

—¿Por qué? Mary era muy optimista. No me cabe en la cabeza que pudiera haber pensado en el suicidio alguna vez.

—No trató de matarse... Simplemente, ni siquiera se dio cuenta de que saltaba por la ventana.

—¿Pero cuál fue la razón? ¿Qué cree usted, Susan? ¿Qué vamos a contarle a la policía cuando venga?

—Ella vio algo horrible.

—¿Qué?

—Hubo de ser tía Evelyn.

—Por Dios, no diga tonterías, Susan.

Y Mulligan añadió:

—Este pequeño cuarto siempre fue un trastero. No tiene ventanas. No tiene más salida que la puerta por la que hemos entrado usted y yo. Tía Evelyn, en el supuesto increíble de haber estado aquí, se hubiera cruzado con usted. Quizá también conmigo.

—Pues entonces lo que ha visto... es esta mecedora.

Mulligan la contempló. A la luz amarillenta e irreal que imperaba allí podía tener un aspecto siniestro, y verdaderamente quien no la conociese quizá hubiera tenido motivos para estremecerse. Pero Mulligan la conocía bien, al igual que Susan. Por lo tanto, no se impresionó.

—Siempre ha estado aquí —dijo Mulligan—. Cuando su tía desapareció, ya la encontramos en este sitio.

—Era su mecedora favorita —susurró la muchacha—. Lo que ocurre es que a veces me he preguntado por qué.

—El marido de tía Evelyn la trajo —musitó el abogado—. Para ella se trataba de un recuerdo sentimental de su difunto esposo. Por descontado que, aunque sea una pieza siniestra, es también una pieza única.

Y la movió un poco con esa flema de los viejos abogados acostumbrados a trabajar en Old Boiley, el antiquísimo Tribunal de Londres, donde nunca hay prisa y nunca se alza una voz. Donde no se mueve un papel sin una orden. Donde nadie la diña sin permiso.

—Sí... —repitió—. Es una pieza única. El difunto general Cotton, uno de los hombres que más se distinguieron durante la batalla de Alemania, en la última guerra mundial, entró al frente de sus tropas en uno de los muchos campos de concentración que los nazis habían establecido en el territorio. Aquello era espantoso, ¿comprende? ¿Pero qué le voy a decir? Ustedes, pese a su juventud, ya han oído contar aquellas atrocidades. Mujeres y niños quemados, hombres ahorcados por racimos, prisioneros obligados a trabajar hasta la pura desintegración física... El jefe del campo logró huir, pero fue peor para él. Cayó en manos de los rusos, cuyo espíritu de venganza estaba mucho más vivo que el de los americanos, y a mi entender, con toda razón. Los rusos lo entregaron a un grupo de

mongoles borrachos, y creo que hicieron prácticas de sable con él. Bueno, ésa es una vieja y dolorosa historia... El mundo ya ha sanado de aquellas heridas. Pero el general se impresionó ante los trofeos de aquel asesino, en especial ante las pantallas de lámpara hechas con piel humana. Parece que la piel de mujer joven era muy buscada para esos... «adornos». Pero lo que más le afectó fue esa mecedora.

Y la volvió a hacer oscilar otra vez, con una mezcla de respeto y repugnancia, mientras añadía:

—¿Se da cuenta? Los dos brazos en que apoyar las manos están hechos cada uno de ellos con un fémur de una pierna humana. El lugar en que se apoyan los riñones es también una cadera humana. Sencillamente, aquel salvaje había construido un mueble con los huesos de una de sus víctimas. El general trajo la mecedora a Inglaterra como un ejemplo de las atrocidades que había visto, y su mujer, es decir, tía Evelyn, la quiso destruir. Quizá lo hubiera hecho si su marido, el general, no llega a morir tan pronto; pero ya sabe lo que son las cosas. Cuando el general estiró..., ¡ejem!..., estiró la pata dos meses, más tarde, esta mecedora se transformó en un recuerdo. Era el último regalo que había hecho a su viuda. Y tía Evelyn la conservó por eso y porque mucha gente le dijo que era una pieza única. Ya sabe usted, Susan, que las cosas se borran con el tiempo. Hasta la muerte. Una cabeza cortada nos da horror, pero años más tarde podemos emplear la calavera como pisapapeles. La mecedora dejó de inspirar a la gente pena y asco para transformarse en un mueble que era único en el mundo.

Susan Blayton asintió.

Seguía oyendo voces en la casa.

No había duda de que ya habían llamado a la policía, pero en torno a aquella habitación, todo era silencio.

—De niña nunca me dio pena —dijo—. Era simplemente el mueble más raro que había visto jamás.

—Tía Evelyn lo usaba, ¿verdad?

—A veces.

—¿Y Mary lo conocía bien?

—Tan bien como yo.

—Pues entonces, ¿de qué se ha asustado?

—No había motivo —bisbiseó—. No lo había a menos que

hubiera visto a... a tía Evelyn.

Y de pronto todas aquellas emociones, todos aquellos latigazos del horror fueron más fuertes que sus energías. El nerviosismo la había mantenido hasta entonces en pie, pero de pronto, al relajarse un poco, las fuerzas cedieron. Notó que sus rodillas se doblaban hacia adelante.

El abogado Mulligan pudo atraparla casi al vuelo antes de que se desplomase sobre la mecedora.

Hubiera sido demasiado para una muchacha que había estado viendo la cara secreta de la muerte.

Pudo evitarlo.

Los ojos que parecían sin vida de Susan quedaron mirando como hipnotizados la luz amarilla.

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente la despertó el suave roce de un pañuelo sobre su frente. Era un pañuelo empapado en algo aromático y que producía una sensación reconfortante. Cuando Susan abrió los ojos notó ante todo que un sol tibio penetraba hasta el fondo de la habitación. La noche ya había quedado atrás. Notó también que estaba en una habitación distinta.

Una enfermera se inclinaba sobre ella.

Tenía una expresión amable y que infundía confianza.

—Veamos —dijo—, ya ha pasado todo, señorita Blayton.

—¿Dónde estoy?

—La hemos cambiado de habitación, pero sigue en Devil Manor.

Y no se preocupe. La cuidaremos bien.

—Ésta debe ser la habitación de la terraza...

—Claro que sí. Se acuerda muy bien del edificio...

—Pasé en él bastante tiempo.

—Espere.

Susan sintió un pinchazo junto a la vena. Un líquido que quemaba entró en su piel, pero casi al instante se sintió mejor.

Alguien se inclinó entonces sobre ella.

Era un hombre que debía ser bastante alto, aunque ahora no podía apreciarlo bien. Tenía el cabello ligeramente rubio. Era de facciones firmes y enérgicas, aunque su rostro no reflejaba la menor brutalidad. Al contrario, parecía querer dar ánimo con la mirada. Susan pensó que era un médico.

Pero él murmuró:

—Soy el inspector Donovan, de Scotland Yard. Si cree que ahora la molesto, podemos hablar más adelante.

—No, no me molesta —dijo ella resignadamente—, puesto que al fin y al cabo me me interrogará. Vamos, suelte el rollo.

—¿Qué rollo?

—Diga eso de que cualquiera de mis palabras puede ser usada en contra mía.

—No, no voy a decirlo, puesto que no está usted bajo sospecha. Es evidente que estamos ante un suicidio. Hemos examinado el cadáver y no hay señal de que lo hubiese empujado nadie.

—¿Lo han sacado... ya de allí?

—Se acaba de hacer la autopsia.

—¿Pero qué hora es?

—Las once de la mañana, señorita Blayton. Desde que perdió el conocimiento le han ido inyectando sedantes para que usted descansara mejor y pudiera irse recuperando.

—Aquellos horribles pinchos la habían a... a...

—Sí, es cierto: la habían atravesado por completo. Costó algo de trabajo sacar el cadáver de allí, se lo confieso. Y fue muy desagradable. Pero si ha de servirle de consuelo, le diré que su prima Mary murió instantáneamente y sin darse cuenta.

—No, no me sirve de consuelo.

—Con franqueza, a mí tampoco —dijo Donovan—, porque, además, me fijé en una cosa: los ojos de esa pobre muchacha reflejaban una terrible expresión de horror.

—Es natural.

—¿Por qué?

—Se lanzó al vacío... porque tenía miedo.

—¿Quiere explicarme con calma lo ocurrido, señorita Blayton?

Ella lo contó todo con detalle excepto una sola cosa: su extraña premonición de lo que iba a ocurrir. Su horrible sensación de haber oído el grito de la muerte mucho antes de que sonara. Por lo demás, no omitió en absoluto ningún detalle hasta que la mano de Mulligan se posó en su cabeza.

Donovan la escuchaba con la mayor atención.

Cuando ella terminó de hablar, dijo:

—¿Mary tenía miedo de algo cuando habló con usted?

—No. Todo lo contrario. Era la muchacha más optimista que yo había conocido en mi vida, se lo aseguro.

—¿Y lo seguía siendo cuando se encontraron de nuevo?

—Más que nunca. Hasta era un poco inconsciente de tan alegre. Me había avergonzado un poco hablándome de sus aventuras.

—¿Tenía deseos de vivir?

—Unos deseos absolutos. Para ella la idea de la muerte no había existido jamás. La muerte le parecía incluso una cosa ridícula, un problema de viejos. Era una de esas cosas que *siempre les ocurren a los otros*.

—Por lo tanto, ¿es ridículo pensar que se suicidara?

—Completamente ridículo, inspector.

Donovan apretó los labios un momento.

—Sin embargo, eso fue lo que ocurrió —dijo, tras cerrar el bloc de notas—. Por lo que usted me dice, perdió la razón al sufrir un ataque delirante de miedo.

—Sí. Tuvo que ser eso.

—¿Pero de qué tuvo miedo?

—Vio a tía Evelyn.

La muchacha había dicho aquello con plena convicción, sin darse cuenta del absurdo que acababan de pronunciar sus labios. Donovan miró al abogado Mulligan, que estaba un poco más atrás. Mulligan susurró:

—Ya ha visto el cuarto trastero, inspector. Nadie pudo salir de allí. Nos hubiéramos cruzado con esa supuesta tía Evelyn.

—Debe haber una puerta falsa —dijo rápidamente la muchacha—. Todas estas casas antiguas las tienen.

—Mis hombres están abriendo huecos en las paredes con permiso del juez —dijo Donovan—. Pronto sabremos si hay alguna puerta falsa o no.

En aquel momento un policía apareció en el umbral. Le acompañaba un fulano sudoroso que vestía un mono azul. El policía dijo:

—Ya han terminado de perforar, señor.

—¿Y...?

—No hay nada, señor. Las paredes son de media yarda de grueso. Ni hablar de puertas falsas. Por el contrario, aquello es un fortín.

Susan volvió a cerrar los ojos.

El inspector Donovan se dio cuenta de la turbación de la muchacha. Con voz pausada, con la que trataba de tranquilizarla, dijo:

—No debe dar a esto más importancia de la que tiene. Verá usted... Siempre que una persona se lanza por una ventana, hay

detrás de ella un misterio que la policía nunca acaba de desentrañar. Estoy seguro de que dentro de un tiempo este caso se archivará como un caso rutinario más; por lo tanto, no debe permitir que la afecte. Intente descansar y piense que quizá había en la vida de Mary algo que usted ignora y que todo tenía importancia para ella misma. En todo caso, ya no la vamos a molestar más.

Y le estrechó la mano cordialmente. Luego salió de allí haciendo una seña a la enfermera y a Mulligan.

Convenía que dejaran sola a Susan Blayton. Ésta volvió la cabeza hacia la ventana mientras sentía que el miedo penetraba otra vez hasta el fondo de sus nervios como un líquido helado y denso.

Pero la inyección que le habían administrado poco antes fue produciendo Sus efectos lentamente. Una suave paz la invadió. Sus ojos se cerraron y terminó durmiendo otra vez dulcemente. Dulcemente en apariencia.

Porque sus sueños estuvieron en realidad plagados de horribles pesadillas.

CAPÍTULO VI

Dos coches de gran lujo, un «Rolls» y un «Bentley», ambos de color negro, se detuvieron ante la lujosa casa donde vivía el notario Hurlington, en Hyde Park Lane. De ellos descendieron los presuntos herederos de la difunta Evelyn Blayton. Con gestos pausados, casi meticulosos, se acercaron a la puerta.

Eran cinco. Hubieran debido ser seis, pero Mary ya no comparecería nunca. Precisamente aquella mañana habían asistido todos a sus exequias. Y quizá por eso el cielo de Londres les parecía esta tarde más gris, más cerrado, más siniestro. Quizá por eso les parecía que flotaba en el aire una extraña amenaza que no lograban desentrañar.

Susan entró la primera.

El vestido negro realzaba aún más lo perfecto de sus formas. Suele ocurrir: a las chicas apetitosas les sienta bien. Y Susan Blayton era apetitosa, de eso no cabía duda. Estaba como para untar pan. Los demás herederos entraron tras ella parsimoniosamente. Todos llevaban de una forma u otra el apellido Blayton, pues eran primos.

Allí estaba Ted Blayton, por ejemplo.

Treinta y cinco años, médico en Londres, con una clientela discreta y un consultorio en Pall Mall, que compartía con otro médico. Alto y fuerte.

Allí estaba Edgar Morton Blayton.

Treinta y dos años muy bien llevados, con un pequeño comercio en Lombard Street, cerca de la Bolsa. Aficionado a los coches, cuyos modelos cambiaba con gran frecuencia. Ése era su vicio y en él se le iba todo su dinero. Aire deportivo y desenvuelto.

Allí estaba Lorena, Blayton.

Veintiséis años, divorciada. Alta, esbelta, llenita, casi opulenta. Era una mujer de esas que hacen volver la cabeza en la calle y era también una mujer con historia. Se había separado de su marido, un

comerciante de petróleo con intereses en el Golfo Pérsico, porque éste la hacía objeto de violencias sexuales.

Allí estaba Christie Blayton.

Veintiún años, estudiante en Oxford, donde preparaba la licenciatura en Leyes. Una chica espigada, sin nada especial en bueno y sin nada especial en malo. Los chicos solían acordarse de ella cuando no tenían nada mejor que hacer.

Todos esos herederos se introdujeron en el despacho del notario Hurlington, un tipo encorvado que no se dedicaba más que a testamentarías y asuntos de sucesiones. Nada de constitución de sociedades, nada de escrituras comerciales o de letras protestadas. Allí sólo entraban los parientes de los muertos. El ambiente era tan lúgubre en su despacho que sólo faltaba que delante de la mesa tuviera un ataúd para acabar de dar el tono. Y quizá al tío se le ocurriera ponerlo un día.

Los hizo sentar por orden de edad, echó un vistazo a las pantorrillas de las chicas (pues él hablaba de muertos, pero no estaba muerto) y sacó el testamento para carraspear dos veces antes de decir:

—Les he reunido aquí, señores, para una ceremonia que todos ustedes conocen bien a través del cine, la televisión y las novelas: la lectura de la última voluntad de una persona difunta. En este caso, como saben, se dan circunstancias algo especiales, por el hecho de que la señora Evelyn Blayton no ha muerto en el sentido físico de la palabra, cosa que realmente ignoramos, sino sólo en el sentido legal. Dada su desaparición, desde hace más de dos años, sin que se haya vuelto a tener la menor noticia de ella, el abogado de ustedes ha gestionado que se la declare difunta, lo cual permite que se abran los trámites de su sucesión. Y en ello estamos.

Carraspeó otras dos veces antes de añadir:

—Pop consiguiente, voy a proceder a la lectura del testamento como si ella estuviese muerta, pero la ley exige que ustedes no podrán disponer absolutamente de los bienes hasta dentro de otros dos años, siempre y cuando la señora Blayton siga sin aparecer. Es decir, podrán disfrutar de esos bienes, pero no venderlos, durante el plazo que les acabo de indicar. Supongo que esto queda claro para todos.

Los reunidos asintieron en silencio.

Aquella atmósfera triste y agobiante sofocaba a Susan. Le parecía estar en la antesala de un cementerio.

Para que nada faltase, sobre Londres se había puesto a llover.

La voz del notario continuó:

—Poco antes, muy poco antes de desaparecer, la señora Evelyn Blayton había dictado el testamento que voy a leerles. Lo hizo precisamente ante mí, de modo que lo conozco bien. Y les diré en confianza que ya entonces ella tenía miedo de que algo malo le ocurriera.

Ted Blayton, el médico, susurró:

—¿Le dijo algo de eso?

—Sí. Me dijo concretamente que tenía miedo.

—¿De qué?

—De que la mataran.

Circuló un rumor de asombro por entre los que estaban reunidos allí. Todos se miraron a los ojos como si no entendieran. Al fin el notario volvió a imponer silencio con otro doble carraspeo.

—De todos modos, no le hice demasiado caso —insistió—, porque ya saben que la señora Evelyn Blayton padecía un poco de «surmenage». Pese a ser fabulosamente rica, trabajaba mucho. En su casa tenía montado un laboratorio completísimo, que quizá ustedes conozcan. Por otra parte, había logrado ingresar como investigadora en uno de los centros atómicos más importantes de Gran Bretaña. Sentía una auténtica afición por la ciencia, una afición quizá excesiva y que pienso debía resultar muy fatigante para su cerebro. En fin, les he dicho todo esto porque quizá su testamento tiene algún punto extraño. De todos modos, sepan que a los herederos no les va a quedar más remedio que cumplirlo, si quieren gozar de la fortuna de la señora Blayton.

La propia Susan musitó:

—¿Qué puntos extraños son éstos?

—Ya lo verán. De todos modos, he hablado en plural y quizá debí hacerlo en singular. Es un solo punto extraño el que está contenido en este escrito. Pero vamos al grano: todos ustedes están instituidos herederos por partes iguales. Todos ustedes y la difunta Mary, naturalmente.

Ted musitó:

—¿Qué pasa con su parte?

—Lo que pasará si algún otro de ustedes muere por cualquier circunstancia durante los dos años que faltan para la plena adquisición de la herencia. Su parte pasa a los demás. Es decir, si Mary Blayton estuviese aquí, la herencia se dividiría en seis partes iguales porque ustedes serían seis. Al haber muerto esa pobre muchacha, la sexta parte que le correspondía a ella se reparte entre ustedes cinco. Si otro de entre ustedes muriera, la parte que le corresponde se repartiría entre los supervivientes. ¿Me entienden?

—Perfectamente —dijo la opulenta Lorena, la divorciada—. Resulta tan sencillo como sumar dos y dos.

—La señora Blayton —continuó el notario— pensó que en el plazo de dos años alguno de ustedes podría morir, y por eso puso tanto énfasis en el reparto. Pero —y aquí viene el punto curioso del testamento— impuso una condición especial para el caso de que sólo uno o dos de ustedes quedaran vivos transcurrido ese tiempo.

—¿Qué condición? —preguntó la misma Lorena.

El notario dirigió una mirada a los cristales de la ventana bañados por la lluvia. De pronto su rostro había cambiado. El, que tan acostumbrado estaba a tratar con la última voluntad de los muertos, parecía sentirse un poco abrumado por sus propios pensamientos y por su propia soledad. Al fin levantó la derecha para dar mayor solemnidad a sus palabras y dijo:

—Si sólo uno o dos de ustedes quedan vivos cuando llegue esa fecha, deberán cumplir con una pequeña ceremonia para entrar en plena posesión de la herencia. Es una condición que la señora Evelyn Blayton impuso... digamos que por razones sentimentales. El superviviente o los dos supervivientes deben sentarse cada uno cinco horas exactas en un asiento que todos conocen bien. En algo que significaba mucho, al parecer, para Evelyn Blayton. En su mecedora...

CAPÍTULO VII

Susan Blayton dio una vuelta en la cama. Le era imposible dormir. Contempló como obsesionada, a través de la ventana, las estrellas que iban naciendo después de la lluvia.

Todo aquello seguía pareciéndole una comedia sin nombre o quizá una pesadilla. La reunión en casa del notario... La condición impuesta en el testamento... La cara de asombro de todos, que realmente no lo entendían...

Pero el testamento ya era firme y no se podía modificar. O debían cumplir lo que se decía en él, o renunciar a la herencia. Claro que, como había dicho Ted, el médico, al salir de allí, esa condición sólo tenía validez si al cabo de dos años sólo quedaban vivos uno o dos de los herederos. ¿Y quién podía pensar en un absurdo así? ¿Cómo podían morir en menos de dos años tantas personas que tenían una excelente salud?

Susan intentó pensar que eso era cierto.

No morirían.

Pero un siniestro pensamiento volvía a ella una y otra vez. También Mary tenía una excelente salud y, sin embargo, había muerto. Había muerto arrojándose ella misma por la ventana DESPUÉS DE VER LA MECEDORA. ¿Pero por qué? ¿Qué había en ella? ¿Qué infiernos pasaba?

Entonces Susan oyó perfectamente el gemido.

Se llevó ambas manos a la cabeza.

Porque era allí donde sonaba y no en el exterior. Era en su propio cerebro. De la misma manera que había sonado aquel grito alucinante cuando puso los pies en la Estación Victoria.

Sintió vértigo.

Desde su niñez había tenido una especie de siniestra facilidad, de premonición, para adivinar las desgracias que iban a ocurrir. El grito que lanzó Mary al morir lo había oído antes ella dentro de su

propio cerebro. Y ahora este gemido que escuchaba... Este gemido insistente, lento...

Alguien estaba sufriendo. Alguien más iba quizá a morir.

La muchacha se levantó y, andando sobre las puntas de sus pies, fue hacia la puerta que comunicaba con aquel cuarto de los trastos viejos, el cuarto del cual había salido Mary despavorida unas noches antes. La luz amarilla alumbró aquel interior estrecho y que se iba haciendo cada vez más recóndito, como una garganta humana. La mecedora tenía que estar al final. Susan Blayton ansiaba verla.

En cierto modo, *lo necesitaba*.

Aquel mueble de historia siniestra tenía para ella una especie de hechizo mortal.

Pero vio con ojos asombrados que la mecedora ya no estaba allí. Alguien la había cambiado de sitio. En el lugar que antes ocupó había un rectángulo vacío sobre el que se proyectaba el halo de luz amarilla.

Susan volvió sobre sus pasos.

El miedo hacía que respirara con dificultad.

Susan fue subiendo por las escaleras.

Todo estaba envuelto en aquella misteriosa luz. Las sombras quietas parecían aguardar en cada rincón. Los crujidos de los muebles eran la única cosa que rompía el silencio.

Y entonces vio la mecedora.

Estaba en lo alto de las escaleras.

Parecía aguardarla.

Pero no era eso solo. Además..., ¡se movía! ¡Parecía como si un fantasma invisible estuviera sentado en ella!

Susan Blayton tuvo que llevarse las manos a la garganta para no gritar. Los ojos se le salían de las órbitas. Por un momento pensó que estaba sufriendo una horrible alucinación de la que ya no iba a salir nunca.

Luego los movimientos rítmicos de la mecedora fueron cesando. Alguien la había movido poco antes de que ella subiera, y ya se sabe que las mecedoras oscilan como un péndulo durante algunos minutos. Los huesos de que estaba formada en parte enviaban al aire una luz siniestra y fosforescente.

Pero ¿quién había puesto la mecedora allí? ¿Y por qué? ¿Qué

espíritu maligno imperaba en aquella casa?

La muchacha retrocedió poco a poco.

Iba descendiendo los peldaños uno a uno, caminando de espaldas, aun con riesgo de caer. Pero ella no pensaba en ese peligro. Sólo miraba la mecedora como una obsesionada. Sólo captaba aquel silencio impresionante de la casa donde no parecía vivir nadie. Donde todos parecían estar muertos.

Fue descendiendo poco a poco mientras sus pensamientos se paralizaban.

Hasta que algo la frenó. Hasta que aquellas manos se posaron en su espalda.

Hasta que el frío de la muerte llegó a su piel y penetró como un rayo hasta el fondo de sus huesos.

Susan Blayton se encogió instintivamente. Supo que iba a morir. Su garganta se crispó para lanzar el que podía ser su último grito.

Pero la voz de Ted Blayton, el médico, la tranquilizó. Mientras la sostenía por la cintura para que no cayese, dijo:

—¿Qué te pasa, Susan? Me ha parecido oír una puerta que se cerraba... ¿Qué haces aquí?

Todos los músculos de la muchacha cedieron. De pronto se sintió tan infinitamente aliviada que estuvo a punto de caer. Su cuerpo se relajó. Volviéndose levemente, vio el rostro tranquilizador de Ted.

—Es... estoy asustada —bisbiseó—. Ha sido terrible, Ted. Por un momento creí que... que eras alguien dispuesto a matarme.

—¿Alguien dispuesto a matarte? ¿Quién?

—Tía Evelyn.

—¿Tía Evelyn?... ¿Pero te das cuenta de lo que dices?

—Perdona. Es que..., es que estoy asustada. Demasiado sé que nada de esto tiene sentido.

—Tía Evelyn está muerta.

—Sí, pero su mecedora está aquí.

—¿Dónde estaba antes?

—En un cuarto trastero que hay junto a mi habitación. Mary salía de allí precisamente antes de morir.

Ted Blayton hizo un gesto de preocupación muy sincero, un gesto de hombre que ha pensado cien veces en el mismo asunto, dándose cuenta de que no cuadra. Mientras crujían sus nudillos, murmuró:

—Lo de Mary no tiene ningún sentido, absolutamente ninguno... ¿A qué vino tanto miedo? ¿Por qué sintió aquel terrible acceso de horror? En cuanto al cambio de sitio de la mecedora, no tiene importancia. Alguien ha debido pensar que estaba mucho mejor ahí.

—¿Alguien? ¿Quién?

—Pues... pues no sé. Quizá algún sirviente.

Susan negó con la cabeza en tanto los dos juntos descendían los peldaños que faltaban. Mientras por suerte cada vez se sentía más segura, más dueña de sí misma, murmuró:

—Te vas a sorprender, Ted, pero yo estoy segura de que la clave de todo se encuentra en esa mecedora. No me preguntes por qué, ya que no sabría decírtelo. Pero es así. Mary vio algo... ¡QUE ESTABA EN ELLA!

—¿El fantasma de tía Evelyn?

—Por favor, no bromees, Ted. No podría resistirlo.

—Es que no sé cómo enfocar las cosas, la verdad. Llevo ya muchos años haciendo de médico en Londres y la vida me ha enseñado que todo debe tener una explicación. Yo no veo más que esa mecedora que todos conocimos cuando éramos unos niños durante las temporadas que pasábamos en esta casa. No se ha movido de aquí. Es la misma. Reconozco que tiene una siniestra historia, pero eso no va a impresionarnos ahora, digo yo, cuando todos aquellos horrores están casi olvidados. Y menos para que una muchacha tan alegre como Mary salga de una habitación lanzando gritos.

Como se encontraban en el vestíbulo-biblioteca, donde había un mueble bar, Ted Blayton sacó una botella y miró la marca. Era un «Chivas 12 años». Por lo tanto, podían darle un voto de confianza. Interrogó a Susan con la mirada y ella dijo que sí.

—Te prepararé un buen trago —dijo él—. Confieso que yo también lo necesito.

Mientras bebían en silencio, sus pensamientos parecieron chocar en el aire. Ted Blayton se fijó en las espléndidas líneas de la muchacha y pareció decirse que había cambiado del todo en pocos años, pero se guardó para sí mismo aquella interesante comprobación. Cuando hubieron vaciado sus vasos, musitó:

—¿Quieres un somnífero?

—Nunca los tomo. No quisiera tener que acostumbrarme a ellos.

—No te preocupes: no te acostumbrarás. Te recetaré un sedante suave de los que recomiendo a los hombres de negocios con «surmenage». Ye a tu habitación y te lo traeré.

Poco después, cuando la muchacha estaba de nuevo en la cama, Ted Blayton volvió a recorrer sus líneas, pero también se calló lo que pensaba. Le pasó simplemente una pastilla con un vaso de agua.

—Tómala; te sentará bien.

—Gracias, Ted.

En efecto, le sentó bien, porque poco después quedaba dulcemente dormida. No obstante, aquel sueño apacible volvió a poblarse otra vez de siniestras pesadillas.

Sonó que alguien entraba en la habitación.

Que colocaba allí la mecedora.

Y que en ella se sentaba una sombra vaporosa, suave, una especie de porción de niebla encima de la cual estaba la cara de tía Evelyn.

Susan Blayton lanzó un débil gemido.

No podía despertar porque sus párpados estaban como pegados. El somnífero era más fuerte de lo que le habían dicho. Pero al fin se sentó en la cama mientras la sensación de horror la envolvía de nuevo, mientras lograba abrir los ojos y éstos se iban desencajando lentamente.

La neblina lo envolvía todo.

Le pareció ver incluso la forma vaporosa.

Pero poco a poco la visión se fue concretando. Sus ojos, acostumbrados a la penumbra, se dieron cuenta de que allí no estaba tía Evelyn. Era absurdo que estuviese, puesto que había muerto.

Pero en cambio estaba la mecedora.

¡La mecedora que se movía!

¡Aquel mueble infernal que parecía vibrar delante de sus ojos!

Susan lanzó un débil gemido y ahora sí que no pudo resistirlo. Sus hombros se hundieron, su boca se entreabrió.

Cayó sin sentido a un lado de la cama, como una muñeca rota.

CAPÍTULO VIII

A la mañana siguiente la mecedora seguía allí, pero a la muchacha le pareció todo muy distinto a la luz del día. Curiosamente el desmayo, ayudado por el somnífero, le había sentado bien. Tenía los nervios mucho más relajados y le dominaba la sensación de haber descansado perfectamente.

Aunque no entendía lo de la mecedora, tampoco quiso darle demasiada importancia. Ahora, a la luz del día, no veía en ella nada de siniestro.

Hasta le pareció imposible que hubiera podido aterrorizarse al verla.

Fue al cuarto de baño, se arregló y se puso unos pantalones deportivos, muy delgados, que se ajustaban perfectamente a su espléndida figura. Sobre ellos, una camisita y nada más. Salió al jardín de la casa, puesto que hacía una magnífica mañana. Vio a los sirvientes que preparaban el desayuno en la terraza.

Un estirado mayordomo le hizo una breve reverencia.

—¿Desea usted desayunar aquí, señorita Susan?

—Claro que me gustaría. Hoy hace una magnífica mañana. Oiga...

—¿Qué, señorita Susan?

—¿Alguien se ha dedicado a cambiar de sitio la mecedora de tía Evelyn?

—¿Por qué?

—Esta noche estaba en lo alto de las escaleras, y luego ha aparecido nada menos que en mi habitación.

—¿En su habitación?... Es extraño, señorita Susan. Ninguno de los criados a mis órdenes se atrevería a hacer eso.

—Pues entonces debe ser que alguno de mis parientes está de broma. Pero no le veo la gracia a una broma de esa clase.

—Ejem... Yo tampoco, señorita Susan. No le veo la gracia por

ninguna parte. Pero averiguaré lo que ha podido ocurrir y retiraré la mecedora de allí, se lo prometo.

—Se lo agradeceré mucho. Es que para mi resulta bastante deprimente, ¿sabe? Bueno..., es difícil de explicar.

Y fue hacia la mesa que le señalaba el obsequioso mayordomo. La muchacha se dio cuenta de que en aquella mesa estaba ya sentada su prima Lorena Blayton, la divorciada. Lorena se levantó, se acercó a ella y la besó en ambas mejillas cariñosamente.

—Estaba terminando de desayunar —dijo—. Me alegra que me acompañantes. ¿Qué tal has descansado esta noche?

—No muy bien.

—¿No muy bien? ¿Por qué?

La muchacha explicó lo sucedido con la mecedora. La hermosa y provocativa Lorena la escuchó en silencio, haciendo al fin un gesto de preocupación.

—En efecto, alguien trata de ponerte nerviosa —dijo—, pero como broma tiene muy mal gusto. A mí también me deprime ver esa mecedora, sobre todo desde que ocurrió lo de Mary. Yo atribuyo la increíble muerte de nuestra prima a que ese mueble tiene un poder maléfico. Es un trasto maldito y condenado, es como una amenaza para todos nosotros. Si pudiese, lo destruiría.

Susan asintió mientras sus ojos brillaban, como si aquella inesperada proposición le hubiera parecido algo magnífico.

—Claro... —dijo—, ¿por qué no la destruimos? ¿Quién nos lo impide?

—La herencia.

—¿Qué dices?

—Está muy claro, nena: la herencia. ¿No oíste al notario? Suponiendo que alguien más muera, tendremos que sentarnos en esa condenada silla todo el largo tiempo que se manda en el testamento. Por lo tanto, si la destruimos, ¿qué pasa? No soy abogado, pero imagino que, si la mecedora falta, la condición impuesta en el testamento no se puede cumplir, y en consecuencia no entramos en posesión de la herencia. Me revienta, te lo juro, pero hay que cuidar ese maldito mueble como si valiera todo el oro del mundo. En fin, yo lo metería en un armario grande y lo dejaría allí, donde al menos no tengamos que verlo. O la llevaría a algún almacén donde la cuidaran sin necesidad de tener que herimos la

vista con su cochina presencia.

Lorena, habitualmente bien educada, se había exaltado. Ya no parecía la misma. Las palabras surgían secas e insultantes de sus labios mientras hablaba de aquel maldito mueble. Hasta sus finas uñas arañaban el mantel.

Susan dijo:

—¿Pero por qué hemos de pensar que alguno más de nosotros va a morir?

—Hum... No lo sé. No me gusta lo de Mary, ¿sabes? Ni me gustan todos esos viajesitos de la mecedora. Alguien está jugando a un juego macabro y yo diría que la próxima víctima vas a ser tú. De modo que vete con cuidado.

—No pareces muy... muy diplomática al hablarme de eso —dijo Susan, sintiendo que se le secaba la boca.

—¿Y qué quieres que haga? —susurró Lorena, encogiéndose de hombros—. Yo me limito a advertirte. Puede que la próxima víctima sea yo, pero me parece que a ti te están «marcando». Y no me preguntes más porque no sé qué decirte. Es sólo una oscura sensación que tengo. Te confesaré que... que me he pasado la noche gimiendo. Estoy aterrorizada.

Susan asintió.

También ella estaba aterrorizada.

Sobre todo porque los gemidos... ¡los había *oído* dentro de su cráneo! ¡Porque otra vez parecía haber adivinado lo que sucedía!

Aquella facultad de que estaba poseída le daba miedo a ella misma.

—Ahora me doy cuenta de que tienes mala cara —dijo—. Debes haber dormido poco.

—Muy poco. Y como nada me obliga a quedarme aquí, voy a largarme. Me interesa la herencia como a la primera, pero en Londres se vive muchísimo mejor.

—Creo que también voy a largarme yo —dijo Susan oscuramente—. El testamento no nos exige que vamos en esta casa.

—No, por supuesto.

—Entonces me iré antes de la noche —decidió la muchacha mientras alzaba su vaso de zumo de pomelo—. Regresaré a Berlín oriental, donde no creo que corra ningún peligro. Allí, al menos, no veré la mecedora.

—Harás bien, Susan.

Y la elegante divorciada añadió, mientras una lucecita brillaba en sus ojos:

—Bien pensado, ya sé lo que voy a hacer. No sé si los otros se opondrán, pero no quiero ver esa mecedora nunca más.

—¿Y cómo vas a evitarlo?

—Hay dos caminos: uno de ellos es largarme de aquí, y por supuesto voy a hacerlo. Pero otro camino es meter el cochino mueble donde no podamos encontrarlo hasta el día en que nos haga falta. Te he hablado antes de un armario. Pues bien, eso no es bastante. Si puedo lo entregaré a alguien que se ocupe de guardarlo en Londres sin necesidad de que nos lo pasen por las narices.

—¿Quieres decir un establecimiento guardamuebles?

—Algo así.

—Puede ser una buena idea, Lorena, pero consúltalo con los demás.

—Hum... Ya estoy harta. Te juro que estoy harta. Tanto si les gusta como si no les gusta, creo que voy a hacerlo igualmente.

Y se puso en pie.

Ni siquiera se despidió de Susan. Lorena Blayton era una mujer destrozada por los nervios, una mujer que iba perdiendo poco a poco el dominio de sí misma.

La propia Susan se dio cuenta de que a ella le estaba ocurriendo algo parecido. De modo que decidió salir para Londres aquella misma noche, regresando más tarde a Alemania Oriental.

En Londres se alojó en un lujoso hotel, en el Kensington Place. Como en Berlín Oriental gastaba muy poco, sus ahorros le permitían aquel lujo. Y durante un día entero, mientras tramitaba el billete de regreso a la Universidad de Humboldt, se dedicó a pasear, a tratar de calmar sus nervios y a leer los periódicos de Londres.

Aquello le sentó mucho mejor de lo que esperaba. Su miedo desapareció. Su sensación de pesadilla se fue evaporando. Otra vez tuvo ganas de vivir. Se olvidó por completo de la mecedora.

Como si ésta no hubiera existido nunca en el mundo.

Como si no la hubiera visto jamás.

La muchacha tuvo un estremecimiento cuando leyó aquel pequeño anuncio en el *Times*. Era un simple recuadro a una

columna. Si ella no llega a ser tan aficionada a leerlo todo, a desmenuzar los periódicos como le habían enseñado a hacer en la Universidad, no hubiera vuelto a verse envuelta en aquel horror. Pero desde que leyó aquel anuncio supo que ya todo era inevitable. Supo que el horror había vuelto.

El texto decía simplemente:

ATENCIÓN COLECCIONISTAS DE MUEBLES
EXÓTICOS. POSEO MECEDORA HECHA EN PARTE
CON AUTÉNTICOS HUESOS HUMANOS Y QUE
PROCEDE DE EPOCA NAZI.

LLEVA GRABADA MARCA AUTENTICA SS. SE
TRATA DE UNA PIEZA UNICA EN EL MUNDO. PRECIO
Y CONDICIONES A CONVENIR. VISITEN DE 3 TARDE
A 10 NOCHE EN ST. GILLES LANE, 18.

JUNTO WHITECHAPEL HIGH STREET.

A la muchacha por poco se le cae el periódico de los dedos.

No podía creerlo. Esta vez Lorena Blayton había ido demasiado lejos.

Llevada de su odio hacia aquel mueble, no sólo no lo había conservado en la casa, sino que lo había dado a un intermediario para que lo vendiese. O quizá lo había entregado a un guardamuebles y el guardamuebles se liaba la manta a la cabeza y trataba de venderlo en la seguridad de obtener un gran beneficio. En un caso u otro, aquello era contravenir la última voluntad de tía Evelyn.

Y Susan respetaba la última voluntad de tía Evelyn, aunque le pareciera horrible. Por otra parte, aunque a ella no le importara el dinero, sus familiares podían verse perjudicados y no cobrar la herencia si no se cumplía la voluntad impuesta en el testamento. Y esa voluntad dependía de la existencia de la mecedora en un momento concreto.

Susan consultó su reloj.

Eran las seis de la tarde. Tenía, pues, tiempo sobrado para visitar al vendedor de St. Gilles Lane.

Averiguaría si realmente le habían dado el mueble para venderlo o solo le habían confiado su custodia. En todo caso, ella evitaría como fuese que cayera en manos extrañas.

Tomó el Metro en la estación de Kensington High Street y lo dejó después de un transbordo en High Street Whitechapel. Aquellos viejos barrios, que habían sido el siniestro reino de Jack el Destripador, eran ahora unas calles feas y sin carácter, de las que todos los rincones más o menos «londinenses» habían desaparecido. Las bombas alemanas durante la guerra y las piquetas municipales años después, eliminaron los callejones y las escaleras entre las que antaño flotaba la niebla. Ahora todo aquello estaba lleno de hoteles baratos, de tiendas de poca monta y de emigrantes indios y pakistaníes que buscaban trabajo. Las tabernas de las que salieron las prostitutas asesinadas por el monstruo, ya no existían. Sus locales estaban ocupados por tiendecillas donde se vendía ropa usada y por feos bloques de habitaciones donde la gente moría poco a poco.

Susan buscó la zona de St. Gilles.

Miró su reloj. Las siete menos cuarto. Y fue en aquel instante cuando oyó el grito de muerte, cuando se detuvo atónita, cuando le pareció que mil manos se lo estrujaban todo dentro de su cráneo.

El grito de muerte se repitió.

Luego nada.

Todo volvió a quedar en silencio dentro de su cráneo mientras fuera zumbaba y zumbaba el ruido del tráfico.

Una mano fuerte y ancha la sujetó por un codo.

—¿Le ocurre algo, señorita?

Ella miró al fornido policeman que trataba de ayudarla. Haciendo un esfuerzo consiguió sonreír.

—No, no me pasa nada —dijo—. ¿Dónde está St. Gilles Lane?

—La segunda calle a la derecha.

—Gracias.

La muchacha dobló al llegar a la dirección indicada y pudo ver el número 18. Era una tienda siniestra y llena de mugre sobre la que se leía: «SLOAN-ANTIQUARY». Menos mal que aquel tipo se dedicaba a las antigüedades, desde luego, porque si se llega a dedicar a los productos alimenticios, con la mugre que allí había, hubiera sido el colmo.

Estaba abierto. Ella entró. Al empujar la puerta de cristales ovalados, sonó en el interior una lejana campanilla.

No distinguió a nadie.

Los muebles de otra época se amontonaban allí, sucios y polvorientos, como mudos testigos de otras vidas. Había sillas donde alguien parecía haberse sentado para pegarse un tiro y camas donde alguien parecía haberse tendido a morir. Todo tenía un aspecto siniestro, lacerante y sórdido. Unas lucecitas de color azulado lo envolvían con sus reflejos. Una neblina también azulada se desprendía de un cenicero de Sévres.

La muchacha preguntó en voz alta:

—¡Eli! ¿No hay nadie aquí?

Sólo le respondió el silencio.

Fue entonces al lugar de donde brotaba aquella neblina azulada y vio que un cigarrillo sin apagar se estaba consumiendo en el cenicero. Era un «Navy Cut» sin filtro. Ardía, por tanto, hasta la última brizna de tabaco y desprendía aquel leve humo. Pero eso indicaba que alguien había estado fumando allí hasta tres o cuatro minutos antes. Luego, algo le había obligado a dejar el cigarrillo para dirigirse seguramente hacia el interior de la tienda. Y ya no había vuelto.

La muchacha se dirigió también hacia el interior.

Los muebles se hacían allí más abundantes, más viejos y seguramente más caros. Había algunas piezas de mérito. Pero sólo un mueble, sólo una cosa llamó la atención de Susan, que estuvo a punto de lanzar un gemido de horror.

La vio perfectamente.

La mecedora.

Aquel siniestro mueble oscilaba sobre una pequeña tarima cubierta con terciopelo rojo, como si una mano acabara de empujarlo con suavidad. El «ññcc... ññcc» que producía era estremecedor. Susan, que lo había visto en su dormitorio un día antes y ahora lo encontraba allí, sintió que el frío de la muerte penetraba hasta el fondo mismo de sus huesos.

Se sentía destrozada por el horror.

Pero poco a poco sus pensamientos se fueron clarificando y pensó que era lógico que la mecedora estuviese allí, puesto que incluso la anunciaban en un periódico como el *Times*. Lorena Blayton había amenazado con deshacerse de ella y la había entregado a aquel tipo llamado Sloan. Bueno, nada había de raro en ello.

Susan llamó:

—¡Señor Sloan!

Otra vez le respondió el silencio.

La muchacha se acercó entonces a la mecedora y vio que era realmente la auténtica. No sólo porque no podía existir otro mueble semejante en el mundo, sino porque una de las maderas ostentaba la marca de las SS y el tema «Sangre y Honor» grabado en el campo de concentración.

Susan, que se había acucillado, se puso en pie de nuevo.

—¡Señor Sloan!

Nadie contestó tampoco. En el interior de la tienda, un gato que parecía estar allí desde el principio de los tiempos maulló quedamente.

Y se produjo un leve ruido, como si alguien moviera una silla.

Susan avanzó. Allí tenía que estar el despacho de tal Sloan. Vio que, en efecto, al fondo del establecimiento, una luz plomiza alumbraba una habitación que parecía arrancada de los tiempos de Dickens. Todo en ella tenía casi doscientos años. Un gato gris, con el pelo completamente erizado, maulló ásperamente al ver a Susan.

Ésta vio una serie de papeles sobre la mesa, pero lo único que realmente llamó su atención un poco fue la licencia de establecimiento a favor de Sloan. Allí campeaba la fotografía de un tipo delgado y canoso que parecía tener la misma edad de sus muebles: una edad imposible de definir.

Pero el tal Sloan no estaba allí. La muchacha le llamó un par de veces y no obtuvo más respuesta que los maullidos amenazadores del gato. En vista de que éste parecía dispuesto a lanzarse sobre ella, Susan optó por salir.

Volvió al sitio donde estaba la mecedora.

Y de pronto lanzó un alarido de horror.

Porque la mecedora seguía balanceándose quedamente.

Pero en ella había alguien.

En ella estaba Sloan, con las facciones espantosamente teñidas de rojo, mientras por debajo del maldito mueble resbalaba la sangre.

CAPÍTULO IX

Millones de lucecitas se encendieron y apagaron en el cerebro de la muchacha mientras ésta chillaba angustiosamente. Millones de insectos amarillos pasaron por detrás de sus pupilas mientras el grito repercutía en su cerebro más y más. Mientras las lámparas vibraban y los cien espejos que había en la tienda parecían teñirse de negro.

Poco a poco la muchacha se bajó las manos que se había llevado a las orejas para no oír su propio chillido.

Tuvo la sensación de que éste debía haberse oído en todo Londres. Pero la verdad era que nadie lo había escuchado más allá de las paredes de la tienda cerrada.

El silencio volvió a imperar poco a poco.

Un silencio sólo roto por el
tic-tac
enervante de cien ocultos relojes.

Susan se fijó entonces mejor en el cadáver y se dio cuenta de que, efectivamente, era Sloan, cuyo retrato acababa de ver. Llevaba muy poco tiempo muerto. ¡Debían haberlo matado justo en el instante en que ella oyó que el grito de muerte sonaba dentro de su cerebro, en plena calle!...

Se estremeció de horror.

Se dio cuenta de que el arma homicida tenía que haber sido un hacha pequeña o quizá una piqueta de punta muy afilada que había golpeado en mitad del cráneo. La sangre seguía resbalando. Aquello era una carnicería.

Susan pensó maquinalmente: «La policía».

Tenía que llamar como fuera. Y el sistema más rápido para llamar era acudir al teléfono que había visto en el despacho.

Fue corriendo hacia allí.

Tropezó dos veces con los muebles.

Pero entró en la habitación de la luz gris. No pensó que si el asesino había podido trasladar el cadáver un minuto antes era porque aún tenía que estar allí. No pensó en nada excepto en sujetar el teléfono.

Lo descolgó.

Y entonces oyó el «ñññeccc» siniestro de la puerta.

Ésta se cerró a su espalda.

La muchacha dejó caer el teléfono. Lanzó un gemido de horror.

Y entonces la luz color gris dejó de existir. Entonces toda la habitación quedó completamente sumida en tinieblas.

Hay momentos en que el miedo es tan fuerte que impide reaccionar. Momentos en que se hace tan angustioso que una persona, *por librarse del miedo desearía morir*.

Y eso era lo que le ocurría ahora a Susan Blayton.

No era capaz de dar un paso.

No era capaz de chillar siquiera.

Porque oyó perfectamente el «ñññeeec» de la puerta, pero esta vez al abrirse poco a poco.

¡Alguien acababa de entrar!

¡El asesino!

¡El asesino venía a terminar su trabajo! ¡Venía a buscarla!...

Unos pasos quedos se acercaron a ella.

Los ojos de Susan, aunque estaba envuelta en una casi completa oscuridad, se habituaron al débil rayo de luz que entraba por una de las rendijas. Y sólo pudo ver la pequeña hacha manchada de sangre. Sólo pudo distinguir la mano que la empuñaba.

Una mano que no se sabía si era de hombre o de mujer.

¡Pero que venía a por ella!...

El asesino —o asesina— no debía verla, pero sabía una cosa segura: ella tenía que estar junto al teléfono. Por lo tanto avanzó hacia allí.

Sólo en el último segundo reaccionó Susan. Comprendió que si permanecía quieta en el sitio donde lógicamente tenía que estar, moriría sin remedio. Lanzando un gemido, saltó de flanco.

El hacha descendió con rabia.

Se hundió bruscamente en la mesa de despacho.

Un espasmo subió a la garganta de Susan Blayton. Le parecía

notar junto a ella una respiración tensa y un poco jadeante, una respiración de bestia al acecho.

Sus ojos eran apenas dos rendijas en su rostro.

Ahora no veía nada:

Pero aquella respiración le sirvió de guía. Ella había contenido el aliento hasta el extremo de no causar el menor ruido. En cambio el asesino respiraba produciendo un sonido silbante. Fue eso lo que avisó a la muchacha.

Se dio cuenta del segundo exacto en que se iba a producir el próximo ataque. Y logró dejarse caer a tierra mientras el hacha volaba.

Se clavó en un cuadro.

Lo derribó por tierra.

Un grito sordo e inidentificable, un grito de rabia se escuchó en aquella cámara de la muerte.

Desesperada, Susan empezó a gatear mientras gemía. Ahora ya no podía más. Ya era incapaz de guardar silencio. Avanzó de rodillas hacia la puerta en tanto el grito de rabia se repetía otra vez.

El hacha volvió a caer.

Le rozó una de las pantorrillas.

Se hundió en el suelo.

Ahora el asesino ya no quería obrar con método ni con silencio. Ahora aquello era una cacería salvaje.

Cuando la muchacha creía estar pérdida del todo, su cabeza tropezó con algo que cedía. No se dio cuenta de que aquello era la puerta ni se dio cuenta tampoco de que una circunstancia completamente fortuita le salvaba la vida. Si aquella puerta llega a ser, lógicamente, de las que se abren hacia dentro, no hubiera cedido jamás. Pero era de las pocas que se abren hacia fuera.

Se encontró gateando en la tienda.

Envuelta por la luz espectral y azul.

Pero aunque sus músculos estaban como dormidos, su cerebro trabajaba. Se dio cuenta de que quizá ahora el asesino no la perseguiría si no estaba completamente seguro de acabar con ella. Por una sencilla razón: aquí había luz. Si había apagado la del despacho antes de atacarla era por una sola cosa: ¡porque Susan no debía verle! ¡Porque Susan le conocía!

Se lanzó hacia una de las mesas estilo Imperio. Vaciló junto a

ella. Al fin corrió locamente por un pasillo.

Al final estaba la puerta.

La salvación.

La...

Algo la detuvo en seco de pronto.

Algo parecido a un garfio.

Una mano se posó en su boca mientras otra la sujetaba por la garganta.

CAPÍTULO X

Los ojos de Susan se desencajaron.

Había llegado al fin, había llegado a la frontera de la muerte. El asesino había sido más listo que ella y le acababa de tender una trampa.

La tenía en sus zarpas.

Inútilmente intentó gemir.

Sus manos crispadas arañaron el aire.

Y entonces la voz tranquila dijo a su espalda:

—Quieta, Susan. No le ocurre nada, absolutamente nada...

Las manos se aflojaron mientras ella hacía un terrible esfuerzo para situar aquella voz en sus recuerdos. Pudo volverse poco a poco y entonces vio la cara que tenía detrás, casi rozándola.

—Donovan... —balbució.

El inspector Donovan, que la había interrogado con tanta delicadeza a las pocas horas de la muerte de Mary, intentó sonreír.

—¿De quién huye? —musitó.

—El asesino... aún está aquí.

—¿Qué asesino?

Estaba claro que aún no había visto la mecedora con el cadáver de Sloan encima. Susan murmuró:

—Allí... En el despacho.

—Venga conmigo.

Avanzaron los dos, yendo Donovan delante. Movi6 el conmutador de la luz, que estaba en la parte exterior, y empujó la puerta. Pero ya no había nadie allí.

S6lo se notaban los estragos causados por el hacha. Aparte de eso, estaba claro que el p6jaro había volado.

—¿Qui6n era? —musitó Donovan.

—No lo s6... La luz estaba apagada.

—Cierto. He tenido que encenderla yo. Est6 claro que la apag6

desde fuera antes de entrar.

Y dirigió una mirada muy breve a las marcas del hacha. Luego, sin decir palabra, salió seguido por la muchacha. No tardó en ver el espectáculo macabro de la mecedora con el cadáver encima.

Sus ojos parpadearon.

Era un hombre acostumbrado a todo, pero resultaba evidente que aquel macabro hallazgo le había causado tanto impacto como un latigazo. Y no era sólo por el cadáver.

Bisbiseó:

—Es la mecedora...

—Sí.

—¿Qué hace aquí?

—Le juro que no lo sé, Donovan.

—Pero entonces, ¿por qué ha venido usted a este local?

—Leí un anuncio en el *Times* —dijo ella.

—Comprendo.

—¿Es que usted también lo ha leído?

—¿Por qué cree que estoy aquí? —preguntó Donovan.

—Entonces usted también se ha dado cuenta de que... de que tenía que ser la misma mecedora.

—Naturalmente —dijo Donovan—. Por lo que veo, nos hemos dado cuenta tres personas: usted, yo... ¡y el asesino!

—Pues si llega a venir tres minutos más tarde, Donovan, me encuentra también a mí en... en... ese... mueble... horrible.

No podía hablar. Se ahogaba.

Donovan le dio un cachetito en la mejilla tratando de animarla.

—Ése es Sloan —dijo el detective.

—¿Lo conocía?

—Sí. Tiene malos antecedentes en Scotland Yard.

—¿Antecedentes de qué clase?

—Ha robado antigüedades algunas veces para revenderlas. Y si no las ha robado él, ha hecho de «perista», es decir, de sujeto que compra el género a los ladrones para luego venderlo a su vez. Sloan conocía muy bien el género. Quizá no había nadie en Inglaterra que conociera tan bien los muebles únicos o exóticos.

—¿Quiere decir que conocía la existencia de esa mecedora?

—Es posible que sí. Tal vez le tenía echado el ojo encima desde que estaba en poder de la difunta señora Blayton. El caso es que la

consiguió y puso un anuncio para venderla, pensando conseguir una bonita fortuna. Realmente, para un coleccionista es una pieza única.

La muchacha asintió en silencio.

Podía ser una pieza única, desde luego, pero producía una sensación de horror y de náusea al mismo tiempo.

—Voy a avisar al Yard para que traigan una ambulancia —dijo Donovan—. Y no tema porque ya no corre peligro, Susan. La pesadilla ha terminado.

Fue de nuevo al despacho de Sloan, porque era el único sitio donde existía teléfono. La muchacha le siguió como una hipnotizada.

Y de pronto notó aquel olor espeso.

Gimió:

—Dios santo...

Porque se había dado cuenta de lo que aquello significaba: le bastó con mirar a la puerta de salida del local para comprenderlo: ¡alguien lo estaba incendiando todo! ¡Les cortaba la salida por medio de un mar de llamas!

—¡Donovan! —gritó—. ¡Allí!

El también se había dado cuenta ya. La tomó por una mano y tiró de ella. Saltaron ágilmente en dirección a la puerta, buscando una salida desesperada.

Pero todo estaba cortado.

Las llamas habían adquirido ya una gran altura, casi rozando el techo del local. La puerta quedaba completamente taponada por aquel mar de fuego.

Precisamente era cerca de la puerta donde estaban los géneros más inflamables, desde cortinas de gasa hasta viejos tapices que ardían como la yesca. Los muebles de madera seca y carcomida eran también auténticas teas. En pocos segundos todo ardía como si hubieran derramado por encima un galón de gasolina.

El pánico saltó a los ojos de Susan. En éstos se reflejaron las llamas como si fueran un cristal.

Apenas pudo susurrar:

—Vamos a morir abrasados...

—Todos los errores se pagan —dijo Donovan con mía extraña calma—, y yo he cometido el error de creer que el asesino había huido. Ahora los que no vamos a poder huir somos nosotros.

Pero no perdió la serenidad.

Tiró de la muchacha y la llevó de nuevo al despacho. Allí no había ninguna salida, a no ser un respiradero tan pequeño que no permitía el paso de sus cuerpos. Con todos los músculos tensos volvieron hacia atrás.

Las llamas avanzaban ya como una marea incontenible. Estaban llegando a la parte interior del local. El espeso humo que despedían todos aquellos objetos y muebles amontonados se hacía ya insoportable.

La muerte por asfixia era cuestión de dos o tres minutos. Susan pensó con desesperación que al menos tenían ese consuelo: estarían ya inconscientes antes de que les alcanzaran las llamas.

Tosió de una forma frenética.

Siempre había sido una muchacha valerosa, pero hay muertes que desbordan todo lo que uno está dispuesto a admitir. Con los ojos desencajados imaginó lo que encontrarían unas horas después, cuando aparecieran sus cenizas. Pero sobre todo sus ojos estaban obsesionados por la mecedora: aquella mecedora quieta, solemne como un trono, dando cobijo a un cadáver al que ya las llamas empezaban a rodear...

Donovan la puso en pie con una extraña suavidad. Parecía como si no tuviera nervios, como si no sintiera la menor prisa. La muchacha observó con estupor que las facciones del detective no se habían alterado siquiera.

—Encontraremos una salida —dijo—. Vamos hacia aquel lado.

Corrieron envueltos por un humo cada vez más espeso. Susan imaginaba al asesino —¿o tal vez la asesina?— contemplando fascinado el espectáculo desde el otro lado de la calle, mientras las llamas avanzaban más y más. Imaginaba su sonrisa cuando viera sacar las cenizas de los dos, mezcladas con las cenizas de Sloan.

Pero Donovan seguía tirando de ella.

De no ser por aquel hombre, Susan se hubiera abandonado a su terrible suerte, incapaz ya de luchar, pero Donovan tiró de ella como si aún no hubiera perdido, la última esperanza. Los dos entraron de golpe en el pequeño cuarto de baño, derribando la puerta.

Como es lógico en esa clase de piezas, allí había un pequeño respiradero que permitía con dificultad el paso de un cuerpo

humano. Pero necesitaban probar, porque ya el humo cada vez más espeso llegaba al fondo de sus gargantas y les hacía toser espasmódicamente. La sensación de muerte corroería sus nervios, deshacía su sangre.

Donovan empujó a la muchacha y la hizo subir por el respiradero. La exhibición de piernas que ella tuvo que hacer fue de las que no se olvidan, pero Donovan no podía fijarse ahora en tan agradables cosas. La presionó con todas sus fuerzas, empujando por las bien torneadas nalgas. Al fin consiguió hacerla salir.

Luego trepó él. Ya era más difícil porque el humo se acumulaba en la pequeña pieza. Pero, después de salvar a Susan, parecía como si las fuerzas de Donovan se hubieran centuplicado. Sus poderosos músculos se movieron como palancas indestructibles. Sus dientes chirriaron a causa de la tensión brutal del esfuerzo.

El era mucho más ancho que Susan y un par de veces pareció quedar encallado para siempre en medio del humo asfixiante, quiero al fin consiguió salir. Rodó por un pequeño tejadillo hasta caer al fondo de un patio.

Susan y él respiraron agitadamente unos segundos antes de poder ponerse en pie. Luego saltaron una valla y, por un pequeño jardín privado, salieron a la calle. En aquel instante se oía ya el alarido de las sirenas de los bomberos que llegaban.

Donovan dijo, mientras volvían a chirriar sus dientes:

—Ese asesino, sea quien sea, no tiene entrañas. Podía haber matado a docenas de personas con ese incendio. Puede matarlas aún...

Por fortuna, los bomberos habían llegado con rapidez y estaban lanzando montañas de agua y espuma carbónica sobre el incendio. Sin embargo, estaba clara una cosa: del interior del viejo almacén no se salvaría nada.

—Mejor... —dijo Susan por entre sus labios temblorosos—. Mejor...

—¿Por qué?

—Porque así no quedará nada de esa maldita mecedora. Porque así no quedará nada... ¡nada! ¡NADA!

Estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. Donovan hizo un esfuerzo para sacarla de allí, para librarla de aquella visión alucinante.

No consiguió nada. La muchacha permaneció allí hasta que los bomberos pudieron penetrar en el fondo del local y sacar lo poco que no había sido destruido. De la mecedora sólo sacaron unos pedazos de huesos ennegrecidos. Eso era todo.

El maléfico mueble había sido destruido al fin. Había desaparecido para siempre. Ya sólo pertenecía al mundo de las pesadillas y de los recuerdos negros.

No volverían a verlo jamás...

Dentro de todo, Susan consideraba que habían tenido suerte.

CAPÍTULO XI

En las viejas cervecerías que aún quedan en Fleet Street, la calle periodística más famosa del mundo, es posible charlar todavía en nuestros tiempos con una relativa calma. Los hombres que trabajan en los sucesivos tumos de los periódicos cercanos entran y salen continuamente, chillando, protestando, comentando noticias que les dejan aplanados o que les hacen vibrar, pero sus voces se van apagando poco a poco al contacto de aquellas paredes bendecidas por el paso de los siglos. Y en aquel ambiente más o menos calmado pudieron Susan y Donovan cambiar impresiones de una vez.

Susan explicó todo lo que le había contado Lorena sobre su deseo de deshacerse de la mecedora. Era lógico pensar que había llamado a Sloan para que se la llevase, conservándola en su almacén, pero Sloan había planeado venderla para hacer un gran negocio. De un tipo con sus antecedentes podía esperarse cualquier cosa por el estilo.

—Luego ya habría dado alguna explicación —opinó Donovan—. Que se la habían robado, o algo así. La ley inglesa le obliga entonces a indemnizar el valor del mueble, pero ¿cuál es ese valor? Resulta tan difícil de determinar que seguramente Sloan habría saldado su responsabilidad con cien libras, cuando de ese mueble hubieran podido obtenerse más de dos mil. Pero ése ya es asunto pasado. De nada sirve comentarlo.

Bebió un sorbo de su café, encendió un cigarrillo «Craven» y contempló la atmósfera gris que, más allá de los cristales, se extendía por las calles de Londres. Ahora ya no hay tanta niebla como había antes, debido a la mayor pureza de la atmósfera, pero aun así aquella mañana los autobuses rojos parecían manchas perdidas en una nube gris. Luego dijo con un gesto de duda:

—Y sin embargo...

—¿Sin embargo qué, Donovan?

—Hay algo que no cuadra, Susan.

—¿Qué es?

—El anuncio en el *Times*. Un tipo que luego piensa decir que le han robado la mecedora no puede anunciar su venta en un periódico, porque la simple exhibición del anuncio le llevaría a la cárcel bastantes años. Yo pienso que aquí hay algo más. Y la verdad es que no puedo entenderlo. No lo entiendo de ninguna manera a menos que fuera una trampa para atraerla allí. No olvidemos que el almacén de Sloan era un sitio casi ideal para matar a alguien.

Ella afirmó pensativamente.

Pero no se atrevía a decir lo que pensaba.

Fue Donovan el que tuvo que musitar:

—En ese caso, Lorena Blayton tendría bastante que ver —dijo—. Creo que no será ninguna equivocación hacerle una visita.

—¿Dónde?

—En la que fue casa de tía Evelyn —dijo Donovan—. Y usted vendrá conmigo.

—Yo... no quiero volver allí.

—Debe hacerlo, Susan. Por el momento no queda otro remedio. Pero ahora no debe temer porque al menos hay una cosa buena: no encontrará la mecedora nunca más.

La muchacha cerró los ojos mientras musitaba:

—No. Nunca más.

Y en aquel momento captó de nuevo el sonido en el fondo de su cráneo. Era como si se abriera y se cerrara una puerta y luego alguien tropezara con una silla.

Los médicos le habían dicho ya de niña que esas cosas no tienen sentido, pero Susan sabía que algunas personas conocen por anticipado lo que va a pasar. Oyen palabras, ruidos, captan signos que les permiten intuir el futuro, aunque no saben explicarlo. Quizá si tuvieran un instrumento, un «médium», podrían hacerlo, pero ése no era el caso de Susan. Ella sólo había oído por anticipado los gritos de las personas que iban a morir.

Menos mal que ahora su cerebro no captaba nada alarmante. Sólo el ruido de una puerta al abrirse y cerrarse y el tropezón con una silla. No era como para echarse a temblar.

Pensaba en eso cuando avistó de nuevo la casa de tía Evelyn, la

solemne mansión donde antaño estuvo la mecedora. Ahora, al menos, se habían desvanecido de allí las nubes del horror, puesto que el fatídico mueble ya no estaba. No volvería a existir nunca.

Mientras detenía el coche en el que habían llegado, Donovan susurró:

—Yo me quedaré a dormir en una de las dependencias de la casa, pero no diré que estoy aquí. En cuanto a Lorena, no hablaré con ella hasta mañana. Si es culpable de algo, no conviene de ninguna manera darle la sensación de que está acorralada.

—¿Pero de qué puede ser culpable?

—No lo sé... Si no fuera por el anuncio del Times yo diría que de nada, pero aquel anuncio tenía todo el aspecto de una trampa mortal para atraerla a usted allí, Susan. ¿Sabía Lorena que usted lee los periódicos de la primera a la última línea?

—Sí.

—Razón de más para que sospeche, pero le prometo que no daré un paso sin asegurarme bien de lo que hago. Si habla con Lorena, no le diga nada aún. No diga tan siquiera que estaba en el local de Sloan cuando empezó el incendio. En realidad nadie sabe que escapamos de allí.

—Lo prometo, Donovan.

—Gracias.

Sus ojos se encontraron un instante. Sus bocas se sonrieron.

Y ella oyó otra vez el chirrido de la puerta y el crujido de la silla.

Donovan musitó:

—¿Qué le pasa?

—Nada. ¿Por qué?

—Ha puesto una cara muy rara...

—Era un presentimiento tonto, pero no me haga caso. Buenas noches.

—Buenas noches, Susan. La veré mañana.

Y los dos se separaron. La muchacha se dirigió a la puerta donde ya la esperaba un estirado mayordomo.

Todo era allí como en las viejas casas de otra época.

El mayordomo susurró:

—Me habían dicho que venía la señorita. ¿Qué habitación desea que le preparen?

—Una que esté bien lejos de la que me prepararon la última vez.

—Perfectamente. No hay problemas, señorita Blayton. La llevaré al sector opuesto de la casa.

Y tomó su ligero equipaje para conducirla hasta allí. La pieza que dieron a Susan era en realidad una *suite* cuyas ventanas caían sobre el jardín. La muchacha empezó a desnudarse.

Una vez estuvo en «traje de Eva» (el cual, por cierto, le sentaba estupendamente bien) fue hacia la ducha y descorrió la cortinilla. Pero de pronto lanzó un grito.

Porque la figura de una mujer estaba allí.

Una mujer que le miraba con ojos desencajados.

Llenos de un mudo horror.

Susan dijo casi sin voz:

—Lorena...

CAPÍTULO XII

Lorena Blayton, la elegante divorciada, no llevaba más que un pijama muy ligero. Sus poderosas y turgentes curvas se marcaban bajo la tela. Era una mujer que en cualquier momento hubiera dado sensación de salud y potencia.

Pero ahora no.

Ahora se había convertido en una pobre chica temblorosa cuyos ojos estaban desencajados por el miedo.

—¿Qué haces aquí? —balbució Susan—. ¿Qué te pasa?

—Me he escondido...

—¿Pero por qué?

—Estoy... estoy aterrorizada.

Apenas podía hablar. Se notaba que la presencia de Susan la había aliviado, pero sólo en parte. Sus ojos desencajados no tenían luz. Sus dedos temblaban.

Susan comprendió que su prima no mentía. Se había ocultado allí porque pensaba que detrás de la cortinilla no la descubriría nadie. Y la muchacha pensó también que necesitaba reanimarla de alguna manera.

Por el momento lo mejor era no hacerle preguntas.

En esos casos, además, suele ir bien un baño caliente y un poco de masaje, además de un trago de licor. El efecto sedante del agua tibia y de unas manos humanas que acarician suele ser decisivo. Por lo tanto, Susan abrió los grifos de la bañera para que surgiese el agua tibia. Luego se volvió hacia Lorena, que no se había movido y seguía mirándolo todo con ojos desencajados por el horror.

—Métete en el agua —aconsejó—. Yo te daré un poco de masaje.

La otra no se opuso.

Con pijama y todo se metió en el agua, haciendo que el líquido le pegase tanto la ropa a la piel como si estuviera desnuda. Cuando

Susan le empezó a dar un poco de masaje en los hombros suspiró aliviada, pero se notaba que no era por el contacto físico, sino por la compañía. Era eso lo que la hacía recuperarse poco a poco.

—No me dejes sola... —imploró—. Por favor, no me dejes sola...

—Claro que no te dejaré. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor...

—¿Qué te ha dado tanto miedo?

—La... la...

Se notaba que no podía hablar. Una palabra angustiada se atragantaba en su garganta. Susan le dio un par de cachecitos cariñosos antes de cerrar los grifos.

—¿Quieres un poco de coñac? —preguntó.

—Bi... bien. Pero no me dejes sola...

—No te dejaré, claro que no. Sólo voy al mueble bar del pasillo. Es un minuto.

Lorena dijo que «sí» con los ojos.

Susan la dejó.

Abrió la puerta para salir.

Avanzó unos pasos.

El corredor estaba envuelto en una luz tenue y amarillenta que parecía una luz de ultratumba. Las puertas parecían las entradas de ignorados panteones. Sobre la ventana que había al fondo empezaban a gotear unas misteriosas ráfagas de lluvia.

La muchacha vio el mueble bar.

Se inclinó para abrir.

Y de pronto vio que algo se movía a su espalda. Vio que la puerta oscilaba. Más allá había una habitación estrecha, tenebrosa, pero en la que entraba la luz amarilla.

Una luz que le permitía ver el interior.

Que le permitió distinguir el mueble fatídico oscilando suavemente. Que le permitió distinguir... ¡LA MECEDORA!

CAPÍTULO XIII

El grito agónico de Susan se escuchó en toda la casa. Quizá no fue un grito fuerte, pero tuvo una vibrante, una angustiosa intensidad. Los cristales vibraron mientras sobre ellos golpeaba la lluvia.

Susan cayó al suelo.

Apoyó la cabeza en la pared porque no podía ni sostenerla sobre los hombros. Su estómago se contrajo y estuvo a punto de vomitar. Todo terminó en un espasmo y una angustiosa náusea.

La mecedora estaba vacía.

Seguía moviéndose suavemente.

Parecía dotada de vida.

Susan hubiera querido alejarse de allí, pero estaba como hipnotizada. No podía dar un paso para alejarse de aquella maldición. ¡No podía!

Alguien la sujetó entonces por los hombros. La ayudó a ponerse en pie.

Era Donovan.

—He oído gritar —murmuró—. ¿Qué sucede?

—La... la...

Curiosamente se le estaba atragantando la misma palabra que a Lorena. Ella tampoco podía decir «La mecedora».

Pero no hizo falta. Donovan la estaba viendo.

Palideció. Aquel hombre que parecía estar acostumbrado a todo, sintió de nuevo que el suelo vacilaba bajo sus pies. Apartó a la muchacha suavemente mientras entraba en la habitación y encendía la luz.

Entonces la vio claramente. No había duda. Era la mecedora.

La misma que él había visto deshacerse entre las llamas. La misma que, por un capricho diabólico, había vuelto del infierno.

Sus labios temblaron.

Por un momento creyó en lo sobrenatural.

No había creído nunca en los poderes del infierno, pero ahora empezó a pensar que existían tal vez. Ahora notó que sus pies parecían no tocar el suelo.

No obstante dijo a Susan con toda la tranquilidad de que pudo hacer gala:

—Todo esto tiene una explicación y la encontraremos. No piense más en la mecedora, pero dígame por qué estaba aquí.

—Lo... Lorena.

—¿Qué pasa con Lorena?

—Estaba escondida... en la ducha de mi habitación.

—¿Por qué?

—Tenía miedo...

—Seguramente había visto también la mecedora —dijo Donovan—. Pero es curioso, porque ella no sabía que había sido destruida en la tienda de Sloan. Al menos no tenía por qué saberlo, y en consecuencia no debía sorprenderle tanto verla aquí... En fin, no puedo entenderlo aún. Será mejor que se lo pregunte a ella misma.

Y sostuvo a Susan por los hombros.

Avanzó con ella.

—Es en esa habitación —dijo la muchacha con un hilo de voz.

Entraron los dos.

Y entonces se les cortó la respiración.

Lorena tenía la cabeza bajo el agua. Su boca abierta había tragado todo el líquido que se puede tragar. Sus ojos desencajados miraban al infinito.

Estaba muerta.

Ella también había traspasado la barrera del último horror.

CAPÍTULO XIV

Nuevamente, Susan se llevó las manos a la boca para contener un grito, pero fue un gesto innecesario. Tampoco hubiera podido chillar. Las fuerzas la habían abandonado. Cayó de bruces y se hubiera precipitado contra la bañera caso de no sujetarla Donovan.

Éste apenas pudo balbucir:

—Dios mío...

No era una exclamación muy normal en labios de un policía, pero indicaba que estaba perdiendo la serenidad. Sólo la recobró al cabo de unos instantes, haciendo un esfuerzo con el que todos los nervios parecieron chirriar.

—Quieta ahí, Susan.

La hizo sentar en la cama.

Luego efectuó un rápido examen de la situación. A Lorena apenas la miró, en parte porque se dio cuenta de que estaba ya muerta y en parte porque no podía tocar nada hasta que llegaran los fotógrafos y los peritos en huellas. Sin embargo, había llegado a una conclusión al cabo de algunos segundos.

—Lorena no ha muerto asesinada —dijo—. Se ha suicidado. O ha sufrido un desmayo quedando con la cabeza bajo el agua, pero sin que la tocara nadie. Ésa es la casi increíble verdad, Susan.

Ella musitó desde la cama:

—¿Cómo lo sabes?

Le trataba ya con la máxima familiaridad, con la máxima confianza, como si fueran cómplices en algo.

—Porque ella ha chapoteado mucho al meterse en la bañera —dijo—. Debía estar muy nerviosa. Tú la has ayudado, ¿verdad?

—Sí.

—Se nota porque llevas muy mojada la bata que te has puesto encima (la muchacha recordó que antes de salir a por el licor había tenido la serenidad de cubrir su desnudez), y porque además el

suelo está cubierto de agua. Pues bien: ni en el agua se aprecian las huellas de unos pies ni en el suelo de la habitación hay marcas mojadas, que indiscutiblemente habría dejado alguien que se alejase después de matar a Lorena. Sólo están las marcas de tus pies.

—Pude hacerlo yo... —dijo Susan con voz temblorosa—. Pude ser yo quien la mató...

—No.

—¿Por qué no?

—En primer lugar porque no lo creo —dijo secamente Donovan—, y en segundo lugar porque Lorena no lleva ni un minuto muerta, cuando contigo he estado tres o cuatro minutos cuando veníamos. Por lo tanto no has sido tú y nadie más ha entrado aquí. No se trata de un asesinato, sino de un suicidio o de una muerte casual.

—Como en el caso de Mary.

—Sí.

—Pero... eso es horrible... ¿Qué tiene la mecedora para... para...?

—No lo sé, muchacha. Te juro que yo también voy a volverme loco, pero las cosas son como son y hemos de aceptarlas así. Tampoco entiendo cómo esa maldita mecedora puede estar aquí, si nosotros la vimos destruida por el fuego en la tienda de Sloan.

Y cerró por un momento los ojos. Los pensamientos bullían en su cerebro. Un frío horror penetraba en él mientras se daba cuenta de que aquel caso desbordaba por completo la mente de cualquier hombre. De que no lo resolvería nunca.

—¿Qué tiene la mecedora? —bisbiseó la muchacha con voz casi inaudible—. ¿Qué tiene para que los que la ven sientan el oscuro deseo de morir?

—Hay objetos malditos —susurró Donovan—. Quizá sea eso.

—¿Quieres decir objetos que están sujetos a una especie de poder diabólico?

—Sí.

—¿Pero tú crees en eso?

—No —dijo Donovan secamente—. No puedo creer que el diablo intervenga de ese modo en los asuntos de los hombres, aunque por otro lado pienso que jamás averiguaré tampoco la verdad.

Y fue hacia la salida de la habitación. A Susan, sentada en la cama, se le había desabrochado la bata, pero ella no se daba cuenta.

Toda su juventud, toda su belleza, palpitaban en la penumbra como una flor prohibida.

Donovan la miró. Y sintió que tenía que retirar los ojos o allí iba a ocurrir un desastre. Cuando uno ve una mujer como Susan Blayton puede llegar a olvidarse incluso de que a pocos pasos de distancia hay una muerta. La llamada de aquel cuerpo era una llamada elemental, primitiva, poderosa como un rayo. Donovan volvió la cabeza y tragó saliva lentamente.

—Vístete, Susan. Quizá vas a tener trabajo esta noche.

Y salió.

Lo primero que hizo fue telefonear a Scotland Yard para que enviaran un equipo de expertos y una ambulancia. Luego se dirigió a la habitación en que estaba la mecedora.

Encendió la luz.

Unos pasos sonaron entonces a su espalda, cuando se inclinaba sobre el maldito mueble. Volvió la cabeza para ver a un hombre alto y joven que le miraba fijamente. Aquel hombre iba vestido con una bata de casa y llevaba en los labios una pipa apagada. Hubiera podido parecer un flemático lord de una película de los años 30 de no ser por la expresión de inquietud, casi de miedo, que brillaba en sus ojos.

Donovan lo conocía perfectamente.

Era Ted Blayton, de treinta y cinco años, el médico.

—¿Qué sucede? —murmuró—. He oído ruidos...

—Lorena ha muerto —dijo secamente Donovan.

—¿Que Lorena ha... ha muerto?

—Sí. Supongo que ha sido un accidente. Un desmayo en la bañera.

—Pero... Oiga... Yo creo que... —Se notaba que Ted Blayton no podía hablar—. Por todos los infiernos... Es... ¡es ridículo!

Y fue a avanzar precipitadamente a lo largo del pasillo. Se notaba que la noticia le había afectado profundamente, como si entre Lorena y él hubiese habido algo que el detective no sabía. Donovan captó aquello como un chispazo, pero no hizo ningún comentario.

Sólo murmuró:

—No vaya.

—¿Por qué?

—Nadie puede tocar nada hasta que lleguen los expertos en huellas y los fotógrafos de la policía. Además será mejor que no la vea. No es un espectáculo recomendable para conciliar luego el sueño.

—Pero...

—Se lo ruego. Ya no puede hacer nada. Vuelva a su habitación y espere a ser interrogado, aunque puedo anticiparle que no sospechamos de usted.

Ted Blayton hizo una mueca.

Pero no se negó a obedecer. Parecía completamente aturdido y caminaba como un fantasma cuando se deslizó pasillo abajo.

Donovan volvió a inclinarse sobre el mueble.

Y entonces alguien carraspeó a su espalda. Se volvió de nuevo. Los ojos un poco asustados de Edgar Morton Blayton se cruzaron con los suyos.

Edgar Morton Blayton, el dueño de un comercio en Lombard Street, el aficionado a los coches caros y las mujeres bonitas, vestía con la desenvuelta elegancia de un verdadero *gentleman*. Por lo visto no se había acostado aún, pese a lo avanzado de la hora. El también llevaba una pipa en los labios, pero encendida. Fumaba parsimoniosamente una mezcla muy suave de tabaco de Virginia.

—Acabo de ver a Ted —susurró—. ¿Es cierto lo que ha dicho de la muerte de Lorena?

—Por desgracia sí —musitó Donovan.

—¿Pero cómo ha podido ocurrir? ¿Es que la han...?

—No —dijo Donovan—. En principio lo atribuyo a un accidente, aunque eso haya que investigarlo todavía.

Edgar Morton Blayton estaba casi amarillo. Su flema deportiva de hombre acostumbrado a las cosas elegantes y selectas parecía desvanecerse por momentos. Tuvo que retirar la pipa de sus labios para que no cayera mientras musitaba:

—¿Se da cuenta de lo que Lorena significa para nosotros?

—¿Para Ted y usted, quiere decir?

—Sí.

Donovan se mordió el labio inferior.

—¿Estaban enamorados de ella? —susurró—. ¿Quizá la acosaban? ¿Pensaban que de una divorciada pueden obtenerse más cosas que de una mujer con un marido que la vigile?

—Claro que sí. Y además ella era... era... ¿Cómo explicárselo? Era una chica alegre. No puedo creer que se haya suicidado, si es que usted ha llegado a pensar en eso.

—No he pensado nada —dijo Donovan, sin comprometerse—. Lo único que le digo es que por el momento no pienso acusar a nadie.

—¿Puedo ir a...?

—No, por favor. No vaya.

Edgar Morton Blayton desapareció también. Su pipa se cayó al suelo y tuvo que recogerla. Donovan se fijó muy bien en que uno llevaba zapatillas y el otro zapatos, pero eso no le sirvió de momento para llegar a ninguna conclusión.

Dejó de mirar la mecedora. Volvió a la habitación en que estaba Susan, muy cerca de la muerta.

Por un instante le había acometido la sensación de estar en un error. No se podía dejar sola a Susan en compañía de un cadáver. Dado el estado de nervios de la muchacha, podía cometer cualquier locura.

Pero la encontró ya vestida y abriendo el balcón para que entrara aire puro. Más allá de los árboles se veían las luces lejanas de la autopista. Un silencio augusto, casi misterioso, llegaba del parque.

En el balcón alguien había olvidado una aspiradora. El objeto metálico brillaba tenuemente como una amenaza que llegara desde el fondo de las estrellas. Era ridículo, pero en aquella casa se tenía la sensación de que todo resultaba amenazador. Hasta un objeto tan rutinario como aquél.

Susan bisbiseó:

—El servicio aquí es muy selecto, pero a veces también se dejan olvidadas las cosas.

—No tiene importancia —dijo Donovan—. Lo que me asustaba era pensar que pudieras haber sufrido una crisis de nervios. No comprendo cómo he podido dejarte sola.

—¿Has llamado ya a tus compañeros?

—Sí.

—Te agradezco que hayas vuelto. Yo... Bueno, yo ya había salido al balcón porque era incapaz de aguantar más.

—Has hecho bien, Susan, al no haberte quedado junto a la muerta... Pero necesito pedirte un favor. Quiero que examinemos

juntos esa mecedora.

—¿Por qué?

—Tú la conoces aún mejor que yo. La has estado viendo desde niña, y además la tuviste la otra noche en tu habitación.

—¿Pero qué puedo decirte? ¡Es la misma que vimos arder en el almacén de Sloan! ¡Exactamente la misma!

—No puede ser la misma, Susan.

—Donovan... Te juro que yo ya empiezo a creer en el diablo.

—Precisamente para no tener que creer en el diablo quiero que veamos bien ese mueble. Acompáñame.

Los dos se dirigieron a la habitación en la que imperaba aquella luz que parecía irreal, aquella luz siniestra. La mecedora descansaba allí como un mueble maldito llegado de las profundidades de otro planeta. Aún se movía Suavemente, como si estuviera dotada de vida propia.

Los dos se inclinaron sobre el condenado mueble. Pasearon su mirada por las caderas de mujer que formaban el fondo, por los huesos que formaban los brazos y por las finas maderas en que todo aquello estaba ensamblado. En una de las partes de la madera estaba el emblema de las SS y la inscripción «Sangre y Honor». Todo resultaba exacto. No cabía duda de que era la misma que vieron en el local de Sloan.

Susan iba perdiendo la serenidad.

Aquel mueble la obsesionaba.

Ejercía sobre ella una especie de influencia maléfica.

Donovan se dio cuenta y la hizo ponerse en pie. Sus manos la asieron cuando ella estaba a punto de caer otra vez.

—Por favor —gimió Susan—. Necesito salir de aquí...

—De acuerdo. Vamos a algún sitio donde puedas beber algo. Mis compañeros no pueden tardar.

—Ahí tienes un mueble bar. Precisamente yo había salido a buscar algo para Lorena cuando...

—Entonces más valdrá que no lo bebamos de ahí —dijo Donovan con una estrecha sonrisa—. Vamos a la biblioteca.

Como en todas esas casas construidas según el estilo lujoso de otra época, la biblioteca era inmensa. Había en ella una luz matizada, elegante y selecta. De una forma instintiva, uno se sentía bien allí. Un trago de *whisky* en aquel ambiente resultaba mucho

más reconfortante que en el mejor «*pub*» de Londres.

Donovan sirvió licor en dos vasos bien cargados. Luego murmuró mientras se ponía un cigarrillo en los labios:

—Me gustaría ver fotografías de tía Evelyn. Supongo que las habrá.

—¿Por qué, Donovan?

—Supongamos que por simple curiosidad.

—¿No creerás qué...?

—¿Qué?

—No creerás que está viva...

Susan había palidecido mortalmente. Sus ojos asustados dieron una vuelta por la habitación, bajo la luz selecta y rubia.

—No, no creo eso —dijo Donovan—, pero me gustaría saber qué aspecto tenía en los últimos años de su vida. Digamos que es por pura rutina.

—De acuerdo, Donovan. Creo que aquí habrá algún álbum familiar.

Y buscó en un cajón. No tardó en encontrar, efectivamente, un lujoso álbum de tapas de cuero repujado, lleno de fotografías. En casi todas ellas aparecía tía Evelyn a lo largo de las diversas etapas de su vida. Y aparecían también todos los envueltos en aquel caso, es decir, todos sus sobrinos, aunque lógicamente no recordaban apenas para nada el aspecto que tenían en la actualidad. Ted, por ejemplo, era un chico huidizo y tímido que no quería dejarse retratar y se ocultaba de las cámaras. La tentadora Lorena era una chica más bien flacucha y que no sabía vestir. Susan aparecía en casi todas las fotografías con grandes ramos de flores o acariciando a algún animal en los inmensos jardines que rodeaban la casa.

Los años habían dejado allí una especie de mancha amarilla, lejana, que flotaba impalpable sobre aquellas caras de otro tiempo. Pero Donovan se fijó sobre todo en la cara de tía Evelyn, una cara alegre, bondadosa, pero que reflejaba sin embargo una inflexible determinación. La línea de su boca indicaba una tenacidad y un temple a toda prueba. Forzosamente debía haber sido una de esas mujeres que, cuando deciden una cosa, la llevan hasta el fin cueste lo que cueste. Una de esas mujeres que tiene un carácter dulce, pero que de vez en cuando asombran con rasgos de tenacidad y de valor que quizá un hombre en las mismas circunstancias no tendría.

En algunas fotografías estaba también con su difunto marido. En una de ellas incluso aparecía la maldita mecedora. Donovan la examinó con una lupa de varios aumentos y se convenció de que, en efecto, era la misma. Todo aquello hizo que a sus sienes asomaran unas gotitas de sudor, pero no pronunció una sola palabra.

—¿Y éstas? —preguntó señalando una larga serie de fotografías—. ¿Qué son?

—Tía Evelyn trabajó en laboratorios atómicos —explicó Susan—. Al quedar viuda, renovó sus estudios científicos, en los que había sido una auténtica personalidad. Entonces tuvo un magnífico empleo como experimentadora en los laboratorios atómicos ingleses, aunque el sueldo le importaba poco. Creo que lo daba para beneficencia. En cambio hizo algunos descubrimientos que llegaron a obsesionarla. En los últimos años no vivía para otra cosa.

Y señaló algunas de las fotografías.

—Aquí está trabajando junto a un reactor atómica —explicó—. Aquí la vemos en su despacho de los laboratorios. En esta otra fotografía aparece con un mono al que poco más tarde habría que sacrificar porque, pese a todas las medidas, lo afectaron las radiaciones atómicas. Su trabajo era peligroso. Tía Evelyn no estaba libre de un accidente que hubiera podido ser mortal.

Donovan miró aquellas imágenes con la mayor atención. Aquella mujer todavía enérgica, todavía dispuesta a ser útil a los demás, le pareció admirable. Pero un pensamiento cruzó su cerebro como un chispazo.

—¿Tía Evelyn tenía acceso a secretos atómicos?

—¿Quieres decir que pudiera tratarse de un asunto de espionaje?

—Hay que examinar todas las posibilidades —dijo él, sin querer comprometerse.

Susan se encogió de hombros con suavidad.

—Ya imagino lo que piensas —dijo—. Que alguien puede tenerla secuestrada para que tía Evelyn vaya diciendo todo lo que sabe, ¿verdad?

—No digo que sea imposible. Eso explicaría su misteriosa desaparición —opinó Donovan antes de beber un trago de su *whisky*.

—Pues yo creo, en cambio, que eso es imposible. Tía Evelyn no

sabía nada que pudiera interesar, por ejemplo, a una potencia extranjera. Ella trabajaba precisamente dentro del programa «Átomos para la Paz». Jamás hubiera prestado su ayuda a nada que sirviera para la guerra. Los conocimientos que ella tenía no podían servir para fabricar una bomba nuclear, eso puedo asegurártelo.

—¿Y el espionaje industrial? Una investigadora atómica puede saber, por ejemplo, cosas que valgan millones para una gran fábrica.

—Pero no llegarían al extremo de secuestrar a una mujer tan importante como ella —opinó Susan—. Los métodos del espionaje industrial son otros muy distintos.

—Eso es cierto. Además supongo que tía Evelyn no era en este sentido un personaje de primerísima categoría.

—No, no lo era —dijo Susan—. Como es lógico, había gente que sabía muchísimo más que ella. Puestos a cometer un delito de esa envergadura, hubieran secuestrado a un personaje más importante. Y después de tanto tiempo, ¿no comprendes que las pistas de tía Evelyn hubieran aparecido por alguna parte?

—Eso es cierto —opinó Donovan—. Si te hablaba de eso, es sólo porque no puede dejarse al azar ninguna posibilidad. ¿Y en estas otras fotos? ¿Qué hace aquí andando con un bastón y con una pierna enyesada?

—Tía Evelyn era muy aficionada a montar a caballo —dijo Susan—. Bueno, más o menos como todas las damas de la alta aristocracia inglesa. Aquí tienes otras fotografías en que aparece con «Búfalo», uno de sus corceles favoritos. Pero fue precisamente «Búfalo» el que estuvo a punto de matarla en una espantada. La derribó y tía Evelyn se partió una pierna por dos sitios.

Esas fotografías que ves corresponden a la época de su convalecencia.

—Pero luego andaba muy bien, ¿no? Aquí aparece dirigiéndose a una recepción en el Parlamento y se la ve perfecta...

—Sí. La doble fractura no tuvo consecuencias. Al cabo de un tiempo ya ni siquiera se acordaba de eso.

Donovan asintió en silencio.

Mirando la biblioteca por encima del borde de su vaso, se dijo a sí mismo que no había averiguado gran cosa. Total, que tía Evelyn había trabajado en centrales nucleares. Ya lo sabía. Que se había

roto la pierna por dos sitios en una caída de caballo. Eso carecía de la menor importancia. Que tenía aspecto de mujer decidida y tenaz. ¿Y eso qué significa cuando uno ya está muerto?

—Nunca lo resolveré —dijo—. Por primera vez en mi vida me enfrento a algo de lo que no entiendo nada, absolutamente nada. Empiezo a pensar seriamente que aquí interviene la mano del diablo.

Y se puso en pie, abandonando su vaso con los restos de un respetable Chivas doce años. Oía ya el ruido de varios coches que se acercaban a gran velocidad hacia la casa.

—Mis compañeros están aquí —dijo—. Vamos a empezar con la rutina de todos los días.

Ella musitó:

—Gracias por haberme acompañado, Donovan.

Sus miradas se cruzaron.

Se cruzaron también sus pensamientos, sus deseos, sus ansias de las que quizá ninguno de los dos hablaría nunca.

Luego él salió de la biblioteca.

Susan se quedó mirando hacia la puerta con los ojos vacíos, con la mirada espantosamente perdida.

CAPÍTULO XV

Por lo que la muchacha pudo ver, las investigaciones fueron en cierto modo rutinarias. Se tomaron fotografías del cuerpo de Lorena, se analizaron los restos de cualquier clase que hubiera en el pavimento, se controló la temperatura del agua. Una serie de expertos tomaron medidas en combinación con los fotógrafos. Y, al fin, cada habitante de la casa fue interrogado con las clásicas preguntas que miles y miles de películas han enseñado a conocer: «¿Qué hacía usted a tal hora de la noche...?».

Lo cierto fue que no hubo acusación y que el dictamen provisional fue de muerte por inmersión accidental. Un pequeño desmayo, un resbalón podían haber provocado aquella muerte en circunstancias mucho más frecuentes de lo que la gente cree. Las bañeras, en cierto modo, así como los calentadores de gas, son instrumentos familiares tan terroríficos como los coches.

A la mañana siguiente, Susan vio a Donovan de nuevo. Éste tenía un aspecto fatigado y tenso. Sólo los nervios le mantenían en pleno funcionamiento, puesto que no había dormido en toda la noche.

—Ya han efectuado la autopsia —dijo él mientras encendía un cigarrillo—. Esta vez han actuado en un tiempo récord.

—¿Y cuál es el dictamen?

—Bueno... Muerte por inmersión, como se suponía. El nombre técnico es «asfixia por inmersión». El forense cree que se trata de un accidente porque no hay la menor señal de golpes en el cuerpo de Lorena.

—Pudieron empujarla con las manos y sin golpearla —dijo Susan.

—No, no lo hicieron porque alguien hubiera tenido que acercarse entonces a la bañera, dejando sus huellas en el agua.

—Esas huellas se borran al cabo de unos instantes —insistió ella

—. Supón que el que fuera se quitó los zapatos, dejándolos en la puerta, y llegó hasta la bañera sobre sus calcetines o sobre sus pies desnudos. Hundió a la fuerza la cabeza de Lorena en el agua, aunque sin golpearla, y luego volvió hasta donde estaban sus zapatos secos. Introdujo en ellos los pies mojados y regresó. Al cabo de un minuto yo te juro que en el suelo empapado de agua del cuarto de baño no se apreciaba ninguna huella.

El negó con la cabeza.

—Claro que se hubiera apreciado, Susan. Tú y yo volvimos allí cuando aún había transcurrido muy poco tiempo, tan poco que las huellas hubieran estado frescas. Además, ¿para qué crees que sirven los técnicos? Se hizo un «repaso» total del suelo. Un calcetín de hombre o una media de mujer, por ejemplo, dejan residuos que nosotros hubiéramos encontrado. También un pie desnudo. No hay pie humano que no desprenda algo, desde sudor a residuos de uñas, por limpias que estén. Todo eso es invisible al ojo, claro, pero queda reflejado en el laboratorio. Hasta la raíz de un pelo es una pista.

Susan hizo en silencio un gesto afirmativo.

Se daba cuenta de que así tenía que ser. Ella había leído relatos sobre averiguaciones increíbles en los laboratorios, y estaba segura de que aquellos relatos eran verdad.

—Por lo tanto no se acercó nadie... —dijo.

—No.

—Entonces aún creo más en la intervención del diablo.

—Sobre esto quería hablarte, Susan —dijo él, aplastando el cigarrillo en el cenicero—. Se trata de tus nervios. Creo que deberías salir de esta casa o acabarás obsesionada por cosas que no existen.

—Ya... ya fui a Londres y...

—Sí. Y ocurrió lo de Sloan —murmuró Donovan—. Por poco te dejas la piel.

—Por poco nos la dejamos los dos —corrigió Susan mientras a sus labios asomaba una débil sonrisa.

—Por lo tanto no quiero volver a Londres, Donovan. Tendría la sensación de que me persigue a todas partes una invisible amenaza.

—No Vuelvas allí, pero puedes hacer otras cosas. Por ejemplo, dar largos paseos en coche y alojarte en algún hotel de la comarca. Hay por aquí viejas posadas de los tiempos de Enrique VIII que

tienen todas las comodidades. ¿Por qué no te instalas en una de ellas?

—Yo había pensado volver a la Universidad de Humboldt, en Berlín oriental —susurró ella—. Incluso tengo el billete para el avión y sólo me falta confirmar el vuelo.

—En estos momentos no puedes volver allí. Después de lo de Mary sí que podías, pero ahora es distinto.

—¿Por qué razón?

—Lo de Mary fue un suicidio sin duda alguna. Esto también podría serlo, pero falta que se reúna el pequeño jurado para decidir si hay algún responsable de la muerte de Lorena o no lo hay. En tanto no se posea el veredicto de ese jurado, ninguno de los que anoche estabais en la casa puede abandonar el país. Es una ley tan normal y rutinaria que no necesito ni explicártela.

Ella se mordió el labio inferior.

—Comprendo —dijo.

—Recoge tus cosas en Londres y ve a alojarte en uno de esos viejos hoteles —insistió él—. Pero no vayas en tren ni en vehículos donde pueda abordarte alguien. Emplea uno de los coches que hay en el garaje de tía Evelyn y vuelve cuanto antes.

Susan asintió.

Se daba cuenta de que aquel consejo tenía su lógica. Una de las viejas posadas de la campiña inglesa le daría la paz que necesitaba, y al mismo tiempo resultaba muy fácil de vigilar. Nadie podría atacarla mientras estuviera en ella.

—De acuerdo —dijo—. Lo haré.

—¿Te acompaño a Londres?

—No, no es necesario. Puedo ir sola.

—Tal vez sea mejor, porque yo tengo que investigar aún aquí una serie de cosas. Espera. Vamos a elegir el coche que más te convenga.

En ese sentido el garaje de tía Evelyn era una delicia, pues había nada menos que cuatro vehículos. Por supuesto, todos eran antiguos, si se puede considerar antiguo un coche que tenga más de tres años. Pero los cuidados que un mecánico les dedicaba mensualmente hacían que estuvieran todos en perfecto estado, como si acabaran de salir del taller. La muchacha eligió un «Mini Cooper».

—Saldré en seguida —dijo, mientras se situaba al volante—, y regresaré antes de la noche. Ya te diré en qué posada me alojo.

—Hay una que te recomiendo —murmuró pensativamente él.

—¿Es buena?

—Estupenda. Y tiene mucho carácter. Fue reformada en tiempos de Eduardo VIII, pero es mucho más antigua. Sirven una comida excelente y a su lado hay un lago donde se puede incluso pescar. Lo único malo es el nombre.

—¿Cómo se llama? —preguntó Susan.

—La Mecedora.

Ella prefirió no contestar.

Arrancó bruscamente mientras casi se destrozaba el labio inferior al clavarse los dientes en él con un gesto de rabia.

El viaje a Londres no tuvo problemas. Fue al hotel donde había estado últimamente y recogió las cosas que aún conservaba allí. Pasó por una oficina de Correos para escribir a la Universidad justificando su retraso. Luego miró si tenía correspondencia en la casilla postal que conservaba a su nombre. Al fin volvió a tomar el «Mini» para regresar al punto de partida.

Enfiló a moderada velocidad por Notting Hill Cate.

Y allí lo vio.

Allí sintió otra vez el temblor hasta el fondo de sus huesos.

Allí volvió a notar en las entrañas el frío de la muerte.

El vehículo era un viejo «Austin» negro, muy parecido a los que aún se usaban como taxis en Londres. Adelantó al «Mini» de la muchacha y luego se detuvo a su lado ante una luz roja.

La muchacha ni se dio cuenta.

Pero tuvo la oscura, la rara sensación de que unos ojos la estaban mirando desde su izquierda. Y no era esta vez la sensación normal, casi rutinaria, que una muchacha bonita y llamativa tiene cuando su coche se detiene ante una luz roja y los hombres parados a su lado la miran. No. Esta vez era distinto. Susan tuvo la oscura sensación de que no se trataba de los ojos de un hombre, sino de los ojos de una mujer.

Casi tenía miedo de volver la cabeza.

Una oscura sensación la invadía.

No sabía por qué.

Pero de pronto volvió la cabeza bruscamente, como si quisiera librarse así de una oscura amenaza. Miró el coche que se había detenido a su izquierda, aquel «Austin» negro que también esperaba el cambio de la luz roja.

Y fue entonces cuando la vio.

Fue entonces cuando sus ojos se dilataron de horror.

Porque en el «Austin» situado a su lado, y con las manos en el volante, estaba... ¡TÍA EVELYN!...

CAPÍTULO XVI

La propia muerta...

Ella no le miró de una forma siniestra ni furtiva. Tía Evelyn, por el contrario, tenía su sonrisa más cordial, estaba muy joven y bien conservada y parecía alegrarse con todo el corazón de haber vuelto a encontrar por fin a su sobrina favorita. Cuando la luz roja cambió, hizo arrancar el viejo «Austin», pero antes indicó a Susan con una seña que debía seguirla.

Susan obedeció.

Estaba como hipnotizada. Una mezcla de alegría, de miedo y de inquietud sacudía sus nervios. Por un lado se decía que aquello era absurdo, inexplicable, pero por otro se daba cuenta de que por fin había llegado a la clave, la solución de todo. Además, de tía Evelyn nada tenía que temer.

La siguió con movimientos automáticos.

El «Austin» dobló hacia la izquierda y descendió hacia Kensington. Desde allí bordeó Hyde Park por la zona donde los domingos se sitúan los pintores, los artistas de toda clase y los vendedores de los más variados objetos. Pero la muchacha no se daba cuenta de por qué sitio rodaban. Le parecía estar viviendo un sueño más allá del cual podía estar la paz, pero también el infierno.

Por fin el «Austin» se introdujo en Hyde Park.

Estaba anocheciendo ya y el aire se cargaba de sombras. Había zonas entre los árboles en que apenas se veía. Sobre la hierba, en los senderos calmosos, ya no se encontraba a los paseantes ni a los novios. No había ningún suscriptor del *Times* ni del *Daily Mail* arrugando el periódico y maldiciendo de lo mal que iba el país. Todo estaba quieto, tranquilo, en el más absoluto silencio.

La muchacha también detuvo el «Mini». El corazón le latía tan desacompañadamente en su pecho que llegaba a hacerle daño. Sentía que la cabeza le daba vueltas, pero no notaba el menor

síntoma de temor. Tía Evelyn no podía causarle ningún daño. No se lo causaría nunca...

Por el contrario, iba a aclararle aquel misterio obsesionante. Le indicaría dónde había pasado aquellos últimos años. Por qué no había vuelto a casa. Qué oscuro misterio rodeaba su vida.

Jamás Susan había estado tan cerca de la solución final.

Tan cerca...

Avanzó hacia el coche estacionado unas yardas por delante de ella y fue a tender la mano hacia tía Evelyn. Entonces los ojos de ésta cambiaron. Fue instantánea. Se hicieron acerados, duros, penetrantes, mientras, además, vibraba en ellos una chispita de alarma. Gritó:

—¡Cuidado!...

Y la ladeó un poco.

Sólo un poco.

Pero resultó suficiente.

La bala de rifle, disparada con silenciador, pasó por donde había estado la cabeza de Susan Blayton y patinó por encima del techo del «Austin». No se oyó más que un leve silbido y el «crac» de la carrocería.

Susan tenía reflejos. Comprendió lo que significaba. Se dio cuenta en fracciones de segundo de que alguien había intentado matarla por la espalda.

¡Y lo volvería a intentar!...

Inmediatamente se lanzó a tierra.

Fue un gesto tan rápido, tan inesperado, que el rifle no pudo seguirlo. La segunda bala penetró en un cristal.

Justo en aquel instante la portezuela se abrió. Tía Evelyn intentaba salir. Hubo un gemido dentro del coche.

Y entonces el rifle volvió a escupir su mortífera carga. Susan vio horrorizada que unas gotitas de sangre saltaban al aire. Sus ojos se desencajaron cuando notó que aquellas gotitas se depositaban casi sobre su cara.

Vio el impacto de la bala.

Todo el cuerpo de tía Evelyn se estremeció.

El impacto le había dado de lleno en la cabeza. Por unos instantes sus manos arañaron el aire. Luego su cuerpo se arrugó poco a poco.

Cayó materialmente encima de Susan.

Ésta lanzó un gemido de horror.

No se dio cuenta de que precisamente la caída de aquel cuerpo encima del suyo le salvaba la vida. Porque el rifle volvió a escupir plomo silenciosamente, y el proyectil atravesó de Heno a tía Evelyn, cuando en realidad iba destinado a Susan. De no contar con aquella inesperada protección, la muchacha habría sido perforada.

Pero al misterioso tirador —o tiradora, porque eso aún no podía saberlo Susan— ya le era imposible seguir por más tiempo allí. Aunque el parque estaba solitario, podía pasar cualquiera durante los segundos siguientes. De modo que gastó dos balas más en algo que al principio no pudo entender Susan.

Disparó contra el depósito de gasolina. Y pese a que el motor del coche no funcionaba, la temperatura de los proyectiles fue suficiente para provocar la ignición. Dentro del «Austin» empezó a oírse un silbido sordo que parecía lanzado por una garganta humana.

Susan pudo darse cuenta a tiempo de lo que iba a ocurrir. Sus reflejos y su maravillosa juventud la salvaron otra vez, cuando todo dependía de unos segundos. Porque se dio cuenta inmediatamente de que el coche... ¡iba a estallar!

¡Iba a convertirse en una bola de fuego!

Pudo desembarazarse del cuerpo de la muerta, que había pasado a ser una terrible carga, y saltó con todo el impulso de sus piernas. La reacción instantánea fue lo que la salvó.

Dio una vuelta de campana en tierra.

Hizo una exhibición formidable de miembros inferiores y de algo que hay por encima de los miembros inferiores.

Lástima que nadie pudo verla.

Es una lata eso de que, cuando una vez en la vida, una chica se coloca tan en posición, no pueda disfrutarlo el honrado ciudadano que paga sus impuestos.

En aquel preciso momento el coche estalló.

El viejo «Austin» se convirtió en pedazos igual que si hubiera tenido una granada en su interior. El depósito repleto de gasolina lo hizo saltar todo. Las llamas avanzaron por el sendero como lenguas voraces.

Pero Susan Blayton ya se había alejado más de ellas dando dos

vueltas sobre sí misma. Vio con horror que el cuerpo de tía Evelyn era envuelto por el fuego.

Muy cerca empezaban a oírse voces.

Hyde Park es un sitio muy frecuentado, pese a que en aquella hora se encontrara en uno de sus momentos más quietos. La gente salió por todas partes. No muy lejos, en uno de los paseos, empezó a oírse el silbato de un policeman como en los viejos tiempos del Londres del frío y de la niebla.

Susan Blayton lo miró todo con un indescifrable gesto de horror.

Vio que el coche se convertía en una tea. Y no sólo el coche, sino también el cuerpo de tía Evelyn.

Nadie iba a poder acercarse allí. Tal vez los fumigadores de otros automóviles hubieran podido hacer algo contra el fuego, pero no había ninguno en las cercanías en aquellos momentos. Cuando al fin la policía llegó en masa y empezaron a ser atacadas las llamas, del «Austin» y de su ocupante no quedaban más que una carcasa crujiente y unas cuantas cenizas.

El infierno había pasado por allí.

Susan no podía ni mantener los ojos abiertos.

Estaba aterrada.

De entre sus labios escapaba un sonido ronco, inarticulado, que no parecía lanzado por una garganta humana.

CAPÍTULO XVII

Donovan atravesó poco a poco la silenciosa biblioteca, donde sus pasos resonaban igual que golpes secos. Fue a encender un cigarrillo y de pronto lo retiró de sus labios como si comprendiera que iba a ser incapaz hasta de fumar. Al fin paseó su mirada —una mirada casi patética— sobre los herederos reunidos en aquel lugar de la casa.

Y sin embargo, había en sus ojos como una llamita cortante, dura.

Allí estaban todos. Mejor dicho, estaban los que vivían.

Susan Blayton.

Ted Blayton.

Edgar Morton Blayton.

Christie Blayton.

Allí estaban los que parecían condenados a muerte, los dos hombres y dos mujeres sobre los que parecía haberse abatido una maldición llegada de las profundidades del Más Allá.

Todos le miraban expectantes. Todos parecían aspirar aquel silencio que estaba cargado de sutiles amenazas.

Donovan susurró:

—La «segunda» muerte de tía Evelyn no cambia demasiado las cosas; eso es lo que quiero decirles ante todo. Aunque los restos han quedado irreconocibles, no cabe duda de que era ella, porque Susan la reconoció plenamente. El lugar donde ha estado oculta durante todo este tiempo, las razones que la movieron a desaparecer, son preguntas, que siempre nos estaremos haciendo y que nunca nos contestará nadie, por lo que voy a prescindir de ellas. Lo importante para ustedes es que Evelyn Blayton ha muerto asesinada y que trataremos con todas nuestras fuerzas de descubrir al culpable. Pero mientras tanto pueden ser seguidos todos los trámites para la aceptación de la herencia.

Paseó de nuevo su mirada por los rostros expectantes, quietos, donde se leían emociones que iban de la ansiedad al miedo. Pero si Donovan estaba buscando respuestas para sus inquietudes, no las encontró en aquellos rostros. A excepción de Susan, cuyos labios temblaban, los demás parecían totalmente indiferentes. Pero al fin fue Edgar Morton Blayton el que dijo:

—Yo no quiero esa cochina herencia.

Donovan se volvió velozmente.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque ya está demasiado manchada de sangre. Porque ya es suficiente para un hombre como yo, que al fin y al cabo vivía tranquilo en su rincón de Londres. Váyanse al infierno todos. Después de lo que ha sucedido, no pienso permanecer ni un minuto más aquí. Renuncio a mi parte.

Susan apretó los labios con un gesto de decisión.

—Yo también pienso hacerlo —dijo.

Los ojos de Donovan se habían vuelto hacia ella. En aquellos ojos palpitaba la sorpresa, pero también una chispita de admiración.

—¿Y por qué no seguir? —preguntó—. Es mucho dinero el que se juegan.

—Un dinero —balbució Susan— que apesta a sangre. No podría soportar que mis manos lo rozaran.

Su expresión era absolutamente inflexible; su voz era firme.

Donovan se volvió hacia Christie.

—¿Y usted? —preguntó—. ¿Qué piensa?

—Yo no voy a renunciar. Después de lo sucedido, sería estúpido —dijo Christie secamente.

—¿Y usted, Ted Blayton?

El médico meneó la cabeza suavemente, en sentido negativo.

—Yo tampoco.

—Entonces sólo quedan dos herederos —dijo Donovan—. Curiosamente, se va a producir algo que no creí que se produjera.

—¿El qué?

—Los dos van a tener que sentarse en la mecedora.

Se produjo un leve estremecimiento, un estremecimiento que quizá no tuvo sentido, pero que los recorrió a todos uno tras otro. Al fin fue Donovan el que dijo con voz opaca:

—El testamento lo exigía así, y no creo que tengan ningún

inconveniente en ello. Sentarse en la mecedora no plantea el menor problema. ¿Van a hacerlo?

Ted afirmó con la cabeza.

Christie le imitó.

Los dos parecían firmemente decididos a cumplir con aquel trámite que al fin y al cabo no ponía en ningún peligro su vida. Aquel trámite que provenía del fondo de una voluntad como la de tía Evelyn, una voluntad que quizá siempre había estado enferma.

Cierto que quizá debieron sentir como si una lejana sombra negra flotara sobre sus cabezas.

Pero lo disimularon muy bien.

Las sombras de los muertos nunca han frenado la ambición de los vivos.

—Cumplir con esa tontería de sentarse en la mecedora no significa ningún problema —dijo suavemente Ted—. Puedo hacerlo cuando el notario diga. Pero debo avisarle, supongo.

—Sí —dijo Donovan—. Hágalo cuanto antes. Y no sólo debe hacerlo usted, sino también Christie. Por cierto, imagino que debería llevarle las cartas de renuncia de sus primos.

—Sí —murmuró Ted—. Parece lógico.

Donovan les miró de nuevo a todos mientras al fin encendía un cigarrillo. Luego preguntó con una estrecha sonrisa:

—¿Quiere redactarla y firmarla, Edgar? ¿Y tú, Susan?

—Claro que sí —dijo la muchacha—. Con tal de librarme de esta pesadilla firmaré mi propia condena para ser deportada a las mazmorras de Cayena. Voy a redactarla ahora mismo.

Y tomó papel del que había en la biblioteca. Con su propio bolígrafo redactó y firmó una correcta carta en la que mostraba su firme voluntad de renunciar a toda clase de derechos sobre la herencia de tía Evelyn. Su paso por la Universidad le había dado los conocimientos suficientes para redactar un documento de esa clase, de modo que lo hizo a la perfección. Edgar Morton Blayton lo copió y lo firmó a su vez. Los dos documentos fueron depositados en manos de Ted y Christie, puesto que ellos eran los que tenían el máximo interés en que llegaran intactos a manos del notario Hurlington. En realidad aquellas dos cartas les convertían a ambos en los herederos únicos.

Ted susurró mientras las guardaba:

—De todos modos, no tengo ningún interés en quedarme ni cinco minutos más aquí. Me iré a Londres esta misma noche y mañana a primera hora entregaré las cartas al notario.

—Es una razonable idea —dijo Christie—. Yo te acompañaré.

—¿En mi coche?

—Sí, claro, si no tienes inconveniente.

Ted sonrió.

—Ninguno, claro que no. Oiga, Donovan, supongo que no será obligatorio que permanezcamos en esta casa. ¿Qué opina de la entrega de las cartas al notario a primera hora de la mañana?

—Es normal —dijo el inspector—. Y supongo que el testamento debe entenderse en el sentido de que apenas queden uno o dos herederos, éstos podrán sentarse en la mecedora para tomar posesión de los bienes. Por mí no hay inconveniente en que salgan en seguida, con tal de que no se alejen de Londres.

Ted Blayton se puso en pie.

También él encendió un cigarrillo con gesto de cansancio.

—Vamos, Christie —dijo—. No hacemos ya nada en esta maldita casa. Ah... Deseo daros a vosotros dos las gracias por vuestro desprendimiento. Habéis renunciado a una bonita herencia. El gesto no deja de ser magnánimo, aunque os haya impulsado el miedo.

Y chascó dos dedos.

Los ojos de todos estaban posados en él. Y en Christie. Y en aquella especie de sombra que les rodeaba.

Susan sintió un escalofrío.

La verdad fue que le dieron lástima.

Al diablo con los dos.

No se hubiese sentado en aquella mecedora ni aun por todo el oro del mundo.

CAPÍTULO XIII

Ted Blayton estuvo unos quince minutos sacando su coche del garaje y haciendo unos cuantos repasos en él. Entre otras cosas, revisó el aceite, el agua y los cinturones de seguridad. Luego se detuvo donde ya le aguardaba Christie con un pequeño maletín fin de semana. El viento azotaba sus piernas demasiado flacas y hacía oscilar su falda.

—Ya puedes subir —dijo Ted.

—¿Llevas las dos cartas?

—Claro... ¿Para qué piensas que tengo tanta prisa en llegar a Londres?

Ella se introdujo en el elegante «Wolseley» y se frotó las manos con un brusco estremecimiento, como si de pronto sintiera frío.

—Ha cambiado el tiempo —dijo, con voz ronca—. No sé... Siento algo extraño esta noche.

—Es la maldita Casa —dijo Ted Blayton, con voz más ronca aún—. Acaba con los nervios de cualquiera. Pero no te preocupes porque en Londres lo olvidaremos todo. Ponte el cinturón de seguridad.

—¿Es que vas a correr?

—No, pero siempre es aconsejable usarlo.

—Los cinturones de seguridad de poco valen sin el apoyacabezas —musitó ella, con desgana—. Tú lo llevas en el asiento, pero yo no.

—Es cierto —reconoció Ted—. El cinturón de seguridad sostiene el cuerpo, pero la cabeza baila en caso de impacto y uno puede romperse la nuca. Hasta diría que es peor que no usar nada. Pero de todos modos es mejor que te lo pongas. Aunque te aseguro que no pienso chocar...

Y lanzó una breve carcajada mientras Christie se ajustaba la hebilla. Luego salieron a buena velocidad.

Las estrechas carreteras, tan típicas de las comarcas rurales

inglesas, estaban negras como las gargantas de una gruta. Los enormes robles parecían surgir de la oscuridad como fantasmas que acecharan. Detrás de cada curva se insinuaban veloces figuras fugitivas.

La carretera estaba bordeada de enormes árboles. El «Wolseley» rodaba a buena velocidad.

Ted volvió apenas la cabeza para decir a su prima:

—¿Aún sientes aquel frío?

—No, pero es una sensación extraña. Como si..., como si alguien nos persiguiera.

—¿Tía Evelyn?

Ella se estremeció.

—¿Por qué se te ha ocurrido mencionarla?

—No sé... Es una tontería. Perdona.

Y aumentó la velocidad al tomar una curva. Los árboles parecían salir a su encuentro como brazos agoreros. La oscuridad se hacía más y más espesa. Las tinieblas saltaban a sus ojos.

—Parece que no vamos en línea recta hacia Londres —dijo ella, con intranquilidad—. ¿Por qué has tomado aminos secundarios?

—Están más despejados.

—De acuerdo, a mí poco me importa. Y voy a decirte una cosa, Ted: necesito ese dinero para poder estudiar toda mi vida lo que me gusta. Para poder estudiar sin preocupaciones y sin problemas. Nos va a corresponder mucho, ¿verdad? Ahora tú y yo somos los únicos herederos... Sólo somos dos...

—Uno —corrigió Ted, con una sonrisa enigmática—. Uno solo, preciosa.

Y dio más velocidad al coche.

Otra vez los árboles parecieron saltar hacia ellos como masas aullantes que brotaran del fondo de las tinieblas.

Susan estaba ante la mecedora.

Tenía clavados en ella sus ojos quietos, profundos, unos ojos que parecían hipnotizados por el horror. Miraba cada relieve de aquel maldito mueble, cada línea, cada reborde, cada arista. La tenía tan metida en los ojos como una pesadilla de la que ya nunca más se podría librar.

Miraba, sobre todo, los dos brazos de la mecedora.

Los dos brazos, cada uno de los cuales estaba formado por un

fémur humano.

¿Cuánto sufrimiento estaba acumulado allí? ¿Cuánto horror?
¿Cuánta miseria moral?

Todos aquellos pensamientos la obsesionaban.

Los ojos le dolían de tanto mirar.

La luz azulada parecía penetrar en ellos como un veneno lento.

¿Qué era lo que Mary había visto en aquella mecedora? ¿Qué
había visto Lorena? ¿Qué fue lo que las horrorizó? *¿Dónde estaba?*

Los pensamientos se acumulaban en la mente de la muchacha.
La hacían daño. La torturaban como hierros al rojo.

Aquello que tanto había aterrorizado a dos mujeres muertas,
¿qué era?

Llevaba horas así, ante la mecedora, sin entenderlo. Hasta que
de pronto, como si fuera un chispazo siniestro, como una puñalada,
como el contacto de una mano negra..., ¡lo entendió! ¡Se dio cuenta
de que el secreto estaba allí! ¡Ante sus ojos!

¡Un secreto tan horrible que había enviado a dos mujeres a la
muerte!

¡El sencillo y espantoso secreto de la mecedora!

Susan Blayton lanzó un chillido agónico, estremecedor, mientras
sentía que sus manos angustiadas chocaban contra las paredes.

A cierta distancia de allí, en la estrecha carretera bordeada por
los robles, Christie lanzó también un grito semejante, pero ella no
tenía paredes contra las que chocar. Sus ojos desorbitados miraron
al hombre que la acompañaba. Sus labios temblaron sin poder
hablar.

Pero aún se negaba a creerlo.

Dijo, con voz que era apenas un susurro:

—No puede ser... Tú... tú no pudiste matar a Mary.

—Tienes razón —murmuró Ted, con la mayor calma—. Mary se
suicidó. Bueno..., en realidad cayó por la ventana, dominada por el
miedo. Las puntas de la verja hicieron lo demás. Ella no sabía ni
que estaban abajo.

—¿Pero... pero por qué?

—Porque había visto la mecedora.

—¿Sólo por eso?

—Claro... Lo que ocurre es que tú no la has visto aún, muñeca.

No te has fijado en ella. No has visto su alma. Porque esa mecedora tiene alma, como muchos viejos muebles. ¿Es que aún no has comprendido de qué se trata? ¿No lo has entendido, como Mary y Lorena lo entendieron en el momento de morir?...

Susan Blayton salió de la habitación en que estaba la mecedora. Sus ojos desorbitados dejaron la luz azulada de la sala para enfrentarse a la luz amarilla del pasillo. Sus pies se negaban a sostenerla. Sus manos ansiosas arañaron el vacío.

Tropezó con una pared.

Con un mueble.

Lanzó un gemido de horror.

Todo su cuerpo basculó en el vacío.

Sentía una espantosa náusea.

Dos manos férreas la sujetaron entonces. Una boca se acercó a ella. Unos ojos duros la escrutaron.

Donovan susurró:

—¿Pero qué te ocurre? ¿De qué huyes, Susan? ¿Qué te pasa?

Ella cayó en sus brazos.

No podía más.

Con una voz que apenas salía de su garganta, balbució:

—La mecedora... Ahora comprendo lo que vieron Mary y Lorena cuando el horror las dejó fuera de sí... El fémur que forma uno de los brazos de ese mueble es el de una persona que lo tuvo roto por dos sitios... ¡Dios santo! La caída de caballo de tía Evelyn... La mecedora está hecha con sus huesos... *¡Con los huesos de tía Evelyn!...*

Ted Blayton meneó la cabeza con un gesto de suficiencia. Una delgada sonrisa flotaba en sus labios. El coche tomaba con velocidad cada vez más temeraria las ceñidas curvas.

—Bueno, no importa lo que vieran —dijo—. Al fin y al cabo, ¿para qué perder el tiempo explicándotelo? Sólo te diré que ciertos trabajos para hacer desaparecer un cadáver sólo podía realizarlos un hombre como yo, es decir, un médico. Pero no hace falta que te dé detalles... Otro hombre no hubiese dado con esa idea perfecta, con esa genialidad para hacer desaparecer los huesos más comprometedores de un cuerpo humano, ni hubiera tenido conocimientos suficientes para llevarla a la práctica. Yo, sí. Yo, en

eso, he sido un genio. Después de matar a tía Evelyn y hacer desaparecer parte de su cuerpo, efectué con el resto algo que nadie más hubiera hecho. Pero ésa es una historia que no hace falta que conozcas con detalle. ¿Para qué?...

Christie se llevó las manos a la boca.

Estaba completamente aterrada.

El «¿Para qué?» significaba una sola cosa: que a ella también iba a matarla...

—¿Pero tú acabaste con tía Evelyn? —pudo susurrar al fin, movida por su propio horror—. ¿Por qué?...

—Muy sencillo: para llegar a heredarla. Supe que recelaba de mí y pensaba dejarme sin nada. Por consiguiente, había de adelantarme a los acontecimientos.

Mientras la sonrisa se hacía más fina, más cruel en su boca, añadió:

—La segunda parte, como una tarea a realizar mucho después, consistía en ir eliminando a los otros herederos, pero en eso me acompañó la suerte: Mary se liquidó ella misma. A Lorena no tuve más trabajo que empujarla con el extremo de un aspirador cuando estaba en la bañera. Un leve golpe y la cabeza bajo el agua sin llegar a tocar con los pies la zona mojada. Eso fue todo... Luego tuve que dejar el aspirador en el balcón, pero nadie sospechó que había sido yo... Nadie va a acusarme porque no tienen pruebas. En cuanto a ti...

Y lanzó una seca risita.

Christie se estremeció hasta los huesos.

Pero el miedo había desaparecido. Hay veces en que miedo es tan intenso que ya no influye en nosotros. Se esfuma. Se convierte en un horrible telón de fondo, pero nada más. Christie Blayton obraba ya como si el miedo no existiera.

—Pero es absurdo... —balbució—. Tía Evelyn murió en Hyde Park...

—Te equivocas, Christie. No era ella. Se trataba de una actriz a la que contraté y maquillé, aprovechando su excepcional parecido con tía Evelyn, para que atrajese a Susan a una trampa, al sitio exacto en que pensaba matarla. Pero aquella vieja bruja se dio cuenta, después de atraer a Susan al sitio indicado de Hyde Park, de que yo estaba apuntando con un rifle silenciador, y eso ya no le

gustó. Yo la había contratado diciéndole que era un trabajo sin importancia, aunque pensando eliminarla luego también. Por su culpa y por su decisión de avisar a Susan, falló todo... También había fallado mi plan de eliminarla quemándola viva en el almacén de Sloan. En eso tuve auténtica mala suerte.

—¿El almacén de Sloan? ¿Mala suerte? ¿Qué dices?...

—Bueno... —dijo él sin mirarla—, al haber falsificado yo una silla con parte de los huesos de tía Evelyn, tenía que deshacerme de la primera, de la auténtica. La deposité cerca de la casa, en un sitio oculto, para destruirla más tarde, pero un ladrón de objetos únicos, un fulano llamado Sloan, que ya llevaba años siguiendo la pista a aquel mueble, lo robó y lo conservó oculto un tiempo. Cuando al fin quiso venderlo, fue lo bastante imprudente para poner un anuncio en el Times. No es que allí la cosa estuviera demasiado clara, pero yo lo entendí. Y Susan también. Y hasta ese maldito de inspector Donovan. Los tres nos encontramos sin vemos en aquel antro llameante.

Y la risita volvió a brotar de sus labios. Parecía no acordarse ya de lo que él llamaba «mala suerte». Volviendo levemente la cabeza hacia Christie, añadió:

—Claro que en otras cosas me había acompañado la fortuna... Por ejemplo, al renunciar a la herencia Susan y Edgar. Quedamos tú y yo, pero tú vas a desaparecer... ¡ahora!

—No... no puedes hacerlo —gimió ella, sintiéndose impotente, sintiéndose aterrada, perdida—. Dejarás huellas, dejarás indicios... No puedes... ¡Nooo!

—¿Huellas? —musitó él—. ¿Indicios? ¿Pero me tienes por tan tonto? ¿Cómo se te ha ocurrido pensar esa tontería?

Y dio gas rabiosamente.

Envió el «Wolseley» rabiosamente aún contra uno de los árboles y lo estrelló de lleno por el lado en que estaba Christie. La hebilla del cinturón de seguridad de ésta no resistió, puesto que estaba manipulada. El apoyacabezas no existía. Todo el cuerpo de la muchacha saltó hacia adelante, volvió hacia atrás y se produjo el terrible chasquido de las vértebras al romperse como si fueran de vidrio. Christie Blayton quedó muerta instantáneamente, sin sentirlo.

En cuanto a Ted, no le ocurrió nada grave. Era un riesgo

calculado, un riesgo mínimo que había estado dispuesto a correr. Su cinturón de seguridad estaba perfecto. Llevaba un apoyacabezas a toda prueba. La cabina del «Wolseley» no se deformaba jamás. Y, por fin, había buscado el choque justo por el lugar en que estaba la muchacha.

Se deshizo del cinturón y salió como pudo de allí. No fue tan difícil, al fin y al cabo. Medio a gatas, pues las articulaciones le dolían, fue en busca del teléfono que —él lo sabía bien— estaba a menos de media milla.

Hasta en eso había sido calculador. Si uno tiene que cometer un crimen, ¿por qué no procurar al menos que sea cómodo?...

—Fue el único error que cometió Ted —dijo Donovan mientras sus ojos se entrecerraban—. No se dio cuenta de que el fémur de tía Evelyn no era como los otros porque había estado roto por dos sitios. Más tarde quizá lo comprendió, pero ya era tarde para rectificar. Y además, ¿hasta qué punto le convenía? Precisamente esa característica de un hueso había llevado a la muerte a Mary y había puesto en trance mortal a Lorena. Y ahora sé que a Lorena la mató él. Pero nunca podré probarlo...

Sus dedos temblaban levemente. Sus ojos estaban perdidos en la lejanía.

Susan gimió:

—¡Dios santo! Pero tienes que hacer algo..., *¡algo!*

—Sí —dijo él mientras se disponía a correr hacia la puerta—. Ante todo, evitar que mate a Christie.

Pero en aquel momento sonó el teléfono. Uno de los agentes que vigilaban la casa lo descolgó.

Miró al inspector Donovan.

Había palidecido mortalmente.

—Lo siento, inspector —dijo—, pero ha ocurrido algo. La llamada es para usted. Es Ted Blayton, que dice haber sufrido un accidente en el que Christie acaba de morir...

CAPÍTULO XIX

La mecedora ocupaba el lugar de honor de la sala. Limpia, perfecta, horrible en su misma solemnidad, era lo más repelente, lo más fétido y al mismo tiempo lo más fascinante que habían contemplado los ojos de Susan. La mecedora, el mueble asesino, estaba allí. Parecía esperarla.

Pero fue el notario Hurlington el que se acercó. Dijo quedamente:

—Puede usted sentarse, señor Ted Blayton. Es usted el único heredero, y para entrar en posesión de la fortuna de Evelyn Blayton no debe cumplir más que con un requisito sin importancia: sentarse aquí durante cinco horas exactas que yo contabilizaré. Lo dice el testamento con la mayor claridad, de modo que no podemos evitarlo. Vamos, señor Blayton. Puede sentarse. La mecedora le espera...

Ted Blayton avanzó con la mayor calma.

Con solemnidad.

Con una estrecha sonrisa en sus labios casi exangües.

Parecía como si el despacho del notario fuera suyo. Como si fuera suyo el mundo entero.

Tomó asiento.

Tocó con las manos... ¡los viejos huesos de su víctima!

Pero eso no le importó. Hay veces en que el crimen paga. El asesino al que nada se le puede probar es el asesino perfecto. Ted Blayton paseó su mirada triunfal por encima del rostro hermético de Donovan, por encima del rostro horrorizado de Susan.

Las cinco horas empezaban a contar. El camino de su triunfo se había iniciado.

Susan, que ocupaba con Donovan un ángulo lejano del despacho del notario, gimió:

—Pero... pero esto es espantoso, Donovan. No tiene nombre...

Ayer enterramos a la pobre Christie y él no ha sido ni siquiera acusado... No has presentado ninguna denuncia, no has hecho nada... Como si fuera una burla me has traído aquí... No puedo soportarlo... ¡No puedo!

Sus voz era apenas un susurro, pero a Donovan le llenaba el cerebro. Tenía que sostener a la muchacha para que no cayese. Cerca de allí, Edgar contemplaba la ceremonia sin chistar, pues él no sospechaba ni remotamente que hubiera ocurrido aquella infernal carrera de crímenes. Ni siquiera se daba cuenta del horrible temblor de las piernas de Susan.

Donovan la sacó de allí antes de que ella empezase a gritar. Casi tuvo que hacerlo a la fuerza. Susan sólo se calmó un poco cuando el aire fresco de Londres le dio en la cara.

—¿Pero no vas a hacer nada? —gimió, sin embargo—. ¿Lo vas a dejar escapar? ¿Es que un miserable asesino va a convertirse en millonario ante tus propios ojos?

—No puedo hacer nada —dijo él con la mirada perdida—. No tengo pruebas.

—Pruebas, pruebas... ¡Esa palabra no significa nada! ¡Acúsale al menos! ¡Di lo que sabes de él!

—No hace falta —dijo enigmáticamente él.

Y se puso un cigarrillo en los labios.

Avanzó entre la luz gris de Londres.

El viento le daba en la cara.

Susan le miró atónita.

Gimió:

—¿Dices... que no hace falta?

—No.

—¿Pero por qué?

—¿Por qué? La respuesta te la dio el notario justo cuando este misterio empezaba. Tía Evelyn se lo había dicho.

—¿Y qué le había dicho?

—Que tenía miedo de que la mataran.

—Bueno, pero eso no... no significa nada.

—Claro que significa, Susan. Quizá tú no te hayas fijado en un detalle revelador, pero yo sí. Tía Evelyn no sólo sabía que iban a matarla, sino que sabía además quién iba a hacerlo. Y también cómo. Seguramente vio herramientas y preparativos que debieron

helarle hasta los huesos. Sin embargo, no se opuso, y lo único que hizo fue exigir que su heredero único —pues estaba segura de que Ted llegaría hasta el fin— o los únicos —si es que Ted estaba de acuerdo con otro— se sentaran cinco horas en la mecedora maldita. ¿Por qué? ¿Y por qué no se opuso a morir?

—Pues... pues no lo sé —dijo temblorosamente Susan—. Eso no lo he entendido nunca.

—Pues es relativamente sencillo, muchacha. Recuerda que tía Evelyn trabajaba en instalaciones atómicas. He sabido por qué tuvo que dejar su tarea. Había recibido descargas mortales, brutales, abrumadoras. Estaba condenada cien veces a un cáncer de los que no perdonan. Y no sólo eso: su cuerpo era pura radiactividad, especialmente sus huesos. ¿Vas comprendiendo ahora? ¿Te das cuenta de lo que va a sucederle al hombre que los manipuló? ¿Y qué le pasará a ese desgraciado cuando, como propina, lleve cinco horas sentado en esa mecedora? Ni la silla eléctrica es peor. Si quieres encargamos para dentro de tres meses su esquela en el periódico.

Y encendió su cigarrillo al fin.

El aire frío de Londres seguía dándole en la cara.

Susan Blayton le estrechó la mano con fuerza, casi con ansia.

Por fin le parecía que la luz era distinta.

Y otra vez oía en su cerebro como si una puerta lenta y solemne —¿la puerta del Destino quizá?— se abriera y se cerrara a su espalda.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



